

# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 115

Administración: Cristóbal Bordiu, 1. Madrid

1.º Abril 1903

## El arte, el amor y la mujer en el Ateneo de Madrid

Acabaron mal las sesiones que sostenían algunos intelectuales en el primer centro científico de España, hablando de la Memoria del Sr. Ovejero y Maury, «La novela y el movimiento social».

En la última reunión los concurrentes no mostraron el acierto, la tolerancia, el respeto y la atención que deberían presidir las discusiones de aquella casa, docta en ciertos asuntos y en determinados casos, y el señor Presidente de la sección de literatura obtuvo de sus compañeros el acuerdo de suspender las sesiones.

Es de sentir que no hayan intervenido en la controversia á que había dado lugar el trabajo literario del Sr. Ovejero las personas que lo tenían solicitado, entre las que se contaban las señoras Parço Pazán, Soledad Gustavo y Blanca de los Ríos, y entre otros señores, nuestro amigo el Sr. Madinaveitia.

Por lo que á nosotros se refiere, cuando el Sr. Ramos Carrión nos hubiese concedido la palabra que le teníamos pedida, hubiéramos expuesto lo siguiente:

«Señores y amigos míos:

Estamos discutiendo un asunto de vital interés, de interés permanente desde que en el mundo existen artistas. El asunto es: el arte debe preocuparse sólo de sí mismo, ó también de los hombres como miembros de una sociedad reformada y reformable continuamente. Porque la influencia social de la novela es, en arte, cosa secundaria, sin darse cuenta hanse elevado, cuantos en esta discusión han dicho algo pertinente al caso, al objetivo y á la esencia del arte mismo. ¿Qué es arte? ¿Qué debe ser el arte? ¿Qué debe proponerse el arte? ¿Debe proponerse algo? ¿Ha de tener un fin moral ó social? Esto nos hemos preguntado unos á otros, respondiendo negativa ó afirmativamente, no según el criterio particular de cada uno, que en arte de poco sirve el saber y la especulación, sino según el sistema nervioso y la composición orgánica de los que habían de interrogar y de los que habían de responder. Afirmemos algo desde luego: el arte es fisiológico, orgánico. Por eso en arte hay tantas notas, tantas modulaciones, tantos temperamentos como estados psicológicos, y éstos son infinitos. Por eso también cada uno de nuestros decadentes sienten, no piensan, un decadentismo diferente, y cada uno de nuestros artistas idealistas pone su inspiración al servicio de un ideal diferente.

Sé que voy á tener el honor de disentir de todos los que han hablado de la Memoria del Sr. Ovejero y de casi todos mis oyentes. Pero yo, amigos y señores míos, al tomar parte en esta discusión, no me propongo cultivar el arte de ofender á nadie, porque me parece un arte muy inferior, al alcance de todas las fortunas intelectuales, é impropio, no del Ateneo de Madrid, de cualquiera reunión de hombres. Por lo tanto, aquellos de mis adversarios, artísticamente hablando, que se consideren aludidos en mis palabras de

ruda y viva manera, pueden, desde luego, ahorrarse todo enojo, que no contra las personas han de ir mis ataques apasionados y mis censuras desprovistas de eufemismos, sino contra las tendencias artísticas que aquí están representadas.

Yo, confieso mi ignorancia, y porque la confieso se me debe tolerar, no entiendo el arte por el arte, ni el arte por el pueblo, ni el arte por el acta, ni el arte por la democracia, ni el arte por el ideal, si no se trata de un ideal común á todos los hombres: el ideal de la vida placentera y satisfecha. Yo sólo entiendo una especie de arte que se define así: el arte por el hombre; por el hombre, no de esta ni de aquella clase, de esta ni de aquella condición, el arte por el artista, en cuanto es hombre y goza materialmente de su obra; el arte por la colectividad público, en cuanto está compuesto de hombres que gozan contemplando la obra artística. De manera tan sencilla concibo yo el arte: un elemento de goce personal.

Y vamos á ver: ¿Es el goce producto exclusivo de una tendencia artística? ¿Acaso es una aspiración especial de ciertos y determinados hombres? De ningún modo: el goce es una aspiración humana, de todos los hombres, chicos y grandes, ricos y pobres, ¿Por qué, pues, clasificar y dividir el arte, si, con sus infinitos matices, tiende á proporcionar placeres á los hombres?

Los artistas aristócratas que tanto desprecian al vulgo, vulgo son, del vulgo han salido, del vulgo viven y sin el vulgo su vida sería imposible. Los mismos místicos, á pesar de que el misticismo, todo el misticismo, es una consecuencia de cierto agotamiento vital, de cierta perversión orgánica, perversión orgánica en el sentido de decadencia física, hallan un goce en el sufrimiento, y porque gozan sufren. Es, pues, el goce el móvil de nuestras obras, aun de la de aquellos que más horror sienten por el placer, y si el arte al goce se dedica, el arte no puede ser más que una manera de embellecer y de alegrar la vida.

\*  
\* \*

En mi sentir, la influencia social de la novela no admite duda, como no la admite, siempre en mi sentir, la influencia social en el novelista.

La novela es otra historia; es quizá una historia más real que la historia propiamente dicha. Esta narra hechos que tenemos por ciertos ó que pueden ser ciertos; la novela es una narración de hechos certísimos, que han tenido realidad en la mente de los artistas. Nadie puede dudar de la existencia del *Poema del Cid*; muchos dudan de que el Cid haya existido. El Cid, de todas maneras, vivió en la mente del poeta, y la obra del Cid, imaginada por el artista, es la historia de la Edad Media española. De ahí por qué la novela, y en general toda obra artística, marca mejor que la llamada historia el paso de la humanidad por la tierra.

De que la novela influye en la sociedad y de que la sociedad influye en el novelista, se pueden presentar pruebas bien claras. ¿Por qué han desaparecido ó desaparecen del libro las guerras y las hazañas heroicas, en sentido aventurero? Porque han desaparecido ó desaparecen de las costumbres sociales. ¿Por qué el hombre ha perdido ó va perdiendo sus instintos bélicos y guerreros? Porque no son ya grandes genios los grandes capitanes; porque no reciben tributos del pueblo que lee los matadores de oficio; porque de los genios, precisamente de los genios científicos y artísticos, más de los artísticos que de los científicos, el hombre aprende á querer y á quererse.

Negar la influencia social de la novela, es negar la influencia del ambiente social sobre el novelista; es negar la obra que los llamados espíritus superiores tienen en la evolución moral de nuestra especie.

Yo, artista, saco los asuntos de lo que veo en la vida, de lo que los demás me inspiran con sus penas, sus alegrías ó sus anhelos.

Yo, público, ante una gran obra de arte siento nuevas sensaciones, concibo nuevas ideas, presiento nuevos estados de alma y lloro, si soy lo suficiente fuerte y grande para llorar, en los pasajes que, autosugestionándose, ha escrito llorando el artista.

¿Se quiere influencia más clara y hermosa que la que ejerce el genio con sus obras de arte? Después de leer el libro, de ver el drama, de contemplar el cuadro, hay algo en mi espíritu que antes no estaba; hay algo despierto que antes dormía.

Después de vivir un día más el artista verdadero, ha descubierto nuevos dolores ó nuevos encantos en el mundo externo ó en el interno. Y allá van, público y artista, á las regiones del ideal para comprenderse y abrazarse, y si no se comprenden ni se abrazan, no hay arte ni hay artista.

Y es tan soberana esta ley de la influencia mutua entre la sociedad y el artista, que los que la combaten en esta discusión aplaudieron el otro día á mi amigo el Sr. Maeztu, cuando decía que *Don Quijote de la Mancha* alcanzó tanto renombre porque representaba el cansancio de una nación vieja en el arte maldito de pelear con el acero que mata. Si el Sr. Maeztu estuviese en lo cierto, ¿acaso *Don Quijote de la Mancha* no representaría la influencia del espíritu nacional sobre Cervantes y la influencia de Cervantes sobre el espíritu nacional?

Pero no; el Sr. Maeztu no estaba en lo cierto, y los que le aplaudían por antipatía hacia las grandes figuras de la Humanidad, antipatía que bien pudiera ser una manifestación de la propia impotencia, renegaban de lo que aquí han sostenido: renegaban de que la novela tuviese influencia social.

El espíritu de *Don Quijote de la Mancha* no es el espíritu de un pueblo, ni de una época; es el espíritu de la Humanidad; es el espíritu eterno que no tiene tiempo ni latitud. Inglaterra que empezó á crecer hace poco más de un siglo y que ha llegado en nuestros días á su mayor apogeo; Inglaterra, nación conquistadora y fuerte, ha celebrado más que España la obra de Cervantes. ¿Podía responder también *Don Quijote* al espíritu cansado de los ingleses? Alemania, que empezó á crecer hace poco más de medio siglo y que llega hasta nosotros con una fortaleza material é intelectual que jamás tuvo, ha celebrado más que España el gran espíritu de Cervantes. ¿Podía responder *Don Quijote* al cansancio de la raza germana?

No; *Don Quijote de la Mancha* vive en todas partes, porque encarna el alma humana; está aquí, en esta cátedra, discutiendo con nosotros.

Las almas cansadas y viejas, aunque se llamen modernistas, y las que todo lo ven bajo el prisma de la utilidad política; los escépticos en todo ideal social, enemigos del pueblo, de ese pueblo que les provee la mesa y les sube al cuarto el agua con que se lavan los pies; los que no toman la defensa del pobre si el pobre no tiene voto, ¿qué representan aquí sino el espíritu muerto y utilitario de Sancho Panza? ¿Y qué representamos nosotros, los libertarios, eternos errantes y eternos rebeldes, enamorados del ideal, apaleados por los mercaderes que gobiernan los Estados, más que el espíritu de *Don Quijote*? Nuestra Dulcinea es la humanidad desvalida á quien queremos redimir de su cautiverio, y por ella vamos á la cárcel, caminamos hacia el destierro, subimos algunas veces el cadalso contentos y felices, haciéndonos la ilusión de que en nuestro sufrimiento está la emancipación humana. ¿Queréis mejor representado el espíritu de *Don Quijote de la Mancha*?

\* \* \*

No se discute aquí, no, la influencia de la novela ni el movimiento social; tampoco se discute el modernismo ni el decadentismo: se discute la constitución fisiológica de los artistas, que es la base de todo arte y la eterna querella.

Vosotros de la izquierda, ó alguno de vosotros, sois partidarios del arte por el ideal porque tenéis base fisiológica para sustentar ideas; vosotros de la derecha, ó alguno de vosotros, sois partidarios del arte por el arte porque en vuestros cuerpos no hay energía fisiológica, que es la madre de la mental, para concebir y defender doctrinas. Y esto es todo: el arte, la filosofía, la ciencia... todo, todo es fuerza fisiológica.

No tenéis más que ver cómo la decadencia artística aparece siempre en períodos de decadencia orgánica, en épocas de impotencia orgánica. ¡Modernistas! Si vuestros antecesores se hallan al otro lado de las primeras páginas de la historia del arte. Modernista significa defender ó sustentar algo nuevo. ¿Qué nuevas ideas han traído á estas discusiones los modernistas? ¿Qué nuevas ideas llevan al arte? Su odio al pueblo, su amor por todos los refinamientos, su creencia de que son superiores á los demás, en que han sido ungidos sacerdotes del arte... eso es antiquísimo. Es la esencia, la característica del decadentismo. Decadente, decadencia: perder condiciones de fortaleza moral, física é intelectual; dar importancia á lo puramente externo en perjuicio de lo interno; supeditar todo á la forma, á la línea, á la técnica. ¿Dónde esta aquí el modernismo? Pensaron de esta suerte los decadentes de Grecia, los decadentes de Roma, los decadentes de Alejandría y singularmente los de Bizancio; habían de pensar lo mismo los decadentes de París, que se reflejan en este Ateneo. Iguales leyes fisiológicas producen idénticos resultados mentales.



Porque es fisiológico el arte, no hay, no puede haber grandes artistas donde no haya un hombre superior físicamente. Por eso el otro día, cuando el Sr. Urbano censuraba al Sr. Ovejero, autor de la Memoria que discutimos, por haber tratado severamente al repugnante artista esteta, en la mala interpretación de la palabra, expulsado de Inglaterra por el grito de la Naturaleza que en todo hombre resuena, yo censuraba mentalmente al Sr. Urbano; le censuraba también cuando decía que las grandes riquezas han hecho más fácil el amor. El amor jamás tuvo en cuenta el dinero, y el sentimiento que lo tenga en cuenta, no será por cierto amor.

Pues qué, ¿se puede ser artista sin amar á la mujer por lo que tiene de hembra? ¿Qué es el arte? Amor, amor, amor. Tanto es amor, amor pasional, amor humano, idealidad, que el artista verdadero aprende más arte en los ojos de una mujer que en todos los tratados de estética. ¿Acaso los más grandes artistas no han sido los más grandes amantes? ¿Acaso las obras eternas en arte no las inspiró la mujer? ¿Pues cómo puede ser un gran artista quien á la mujer no ame? Cada artista tiene su Beatriz de Cenci, y quien no tiene, ó, por una aberración de la Naturaleza, no puede tener su Beatriz de Cenci, no puede ser gran artista. ¿Cómo no unir el arte con la fisiología? ¿Cómo no unir el arte con nuestra carne, con nuestro amor de hombres? El hombre que nada siente en presencia de una mujer hermosa, que no desea, con pasión inmensa, besar sus labios, besar sus ojos, abrazar su talle, ¿podrá producir obras inmortales?

Que me contesten los que no sean decadentes, los que sean hombres, que vale mucho más que ser artistas, porque sin hombre no hay poeta: ¿quien os inspiró el acto mejor, el acto más poético, más grande de vuestra vida? ¿A quién habéis dedicado vuestros pensamientos más nobles, vuestros anhelos más sublimes? A la mujer, á ella, á la que aun recordais en la vejez y cuya memoria os rejuvenece el espíritu y el cuerpo, aunque

hayáis perdido la primera condición del amor, la energía vital. Ella os hace gozar espiritualmente reproduciéndola en la mente tal como era cuando llenaba vuestro corazón por completo, y con la memoria os trasladáis a la época de vuestra juventud, que pasó para no volver, pero que la gozáis eternamente merced al recuerdo de aquella a quien quisisteis. Hasta la poesía popular, la más tierna y candorosa de todos los pueblos, inspiración es del amor que sintieron los corazones sencillos é ignorados. ¿Cómo puede ser artista el que no quiere, el que no puede querer a la mujer?

Por eso los estetas producen arte para una generación de personas de género indefinido; arte sin vigor, sin vida; arte sin pasiones y sin anhelos. Pero felizmente ese arte no es la representación del arte inmortal; de ese que surge de la esencia del hombre y abarca su naturaleza toda. El arte decadente es más bien propio de una clase de seres que, en todos conceptos, representan una averiación.

Pero ¿por qué el artista ha de ser erudito? ¿Se aprende el arte? ¿Han hecho artistas los libros? No; el arte es individual, propio de cada poeta. Es menos artista el que más arte docente, reglamentado, consagrado tiene en su alma. El arte sale de aquí: del corazón y de los nervios, y de nada sirve, de nada absolutamente, lo que puedan haber escrito y dicho los demás. Si nos sirviera lo escrito por los demás, el arte sería una ciencia y se harían los artistas como se hacen los sabios. Sacar, pues, a colación lo que han dicho y escrito otros hombres en materias artísticas, es inferir grave ofensa al arte, rebelde a toda regla, porque no atiende más que la que nace al nacer cada poeta.

El individuo que se cree artista y dice: «Ya lo dijo Fulano de Tal; el arte ha de tener esta ó aquella finalidad, ó no debe tener finalidad alguna», nada en su alma hay de artista.

Por delante de nuestros ojos pasa la imagen, á veces sólo pasa por delante de nuestra imaginación, y aquella misma imagen que en nuestro espíritu crea la obra inmortal, pasa inadvertida para muchos artistas. ¿Cómo establecer cátedra, leyes fijas en este caso?

Entienden el arte ó creen entenderlo, los críticos; los artistas no entienden nada, y en cuanto entienden han dejado de ser artistas. ¿Mas acaso no hemos de ponderar la utilidad social y moral del arte, moral en el sentido de hacer bien?

¿Algo más útil que la belleza? ¿Misión más elevada para el artista que la de redimir al mundo por la belleza? Si la belleza nos deleita, nos consuela, nos hace olvidar las penas, ¿qué podemos oponerle que sea más útil á los hombres?

La obra que pensaron escribir en el cautiverio, ha dotado de fortaleza á muchos que luego fueron genios. La voluntad de ver antes de morir á la mujer querida ó que quisieron, ha mantenido firme en la cárcel al prisionero. El artista se cree inmortal, mientras no ha concluido la obra que lleva en la mente. El afán de redención mantiene viva la protesta del esclavo.... Mirad qué prodigios debemos á la luz del arte y al fuego del amor. Porque hay más arte y poesía en las ilusiones del gañán, que espera la hora de redimirse; en el deseo del enamorado que cuenta los minutos que le faltan para ver á su adorada; en la mente del genio encerrado en un calabozo sin papel ni tinta, pincel ni barro, que en toda la obra del arte decadente y del modernismo, que gasta sus escasas fuerzas físicas metido en cuartos que parecen invernáculos ó encerrados en cavernas y locales de mal oler:

Estos son los genuinos representantes del arte, los elegidos por las musas, los aristócratas de la vida superior.

Prefieren el rezo al trabajo; ¡es más artístico! Prefieren el olor del incienso al del sudor del obrero; ¡es más artístico! Prefieren las multitudes que con el cirio en la mano recorren los campos rogando á Dios que les dé agua, á los químicos que desde sus gabinetes procuran suplir las deficiencias de la Naturaleza; ¡es más artístico! Prefieren los capitanes que martirizan, incendian y asesinan á sus semejantes, paseando la barbarie por la tierra, á los defensores de doctrinas de amor universal; ¡es más artístico!

Si eso fuera arte, ¡cuán justo sería el odio que los filósofos han sentido por los poetas! Pero no, eso no es arte; arte es fecundidad y sólo fecundizan los que bien aman.

Maldito sea el arte que no es sencillo y grande como la vida; maldito sea el arte que no tiene por objeto embellecer y mejorar la existencia del hombre en la tierra.

FEDERICO URALES

## CRÓNICA CIENTÍFICA

*Una soberana, un diplomático y una cerilla.—Una frase real y un descubrimiento histórico-científico: la estrella de Belén y el cometa de M. Halley.—Bibliografía: «Le Rameau d'Or», por Fraser.—La magia y la ciencia.—La religión y la magia.—Los ilocedores.—Quiebras sucesivas de la magia y de la religión.—Triunfo de la ciencia.—Y los ciegos verán.*

No hace mucho, un diplomático extranjero convidado á la real mesa de Rusia, donde se come regiamente á expensas del hambre de millones de mujiks y de miles de condenados á Siberia, faltando á la etiqueta por descuido, echó un cigarro como si estuviera en su casa; pero vuelto á la realidad y temiendo como consecuencia una guerra europea, que por cosas no más graves han muerto á veces miles de hombres en el campo de batalla y se han dado ascensos, se han levantado arcos triunfales, se han cantado himnos, los pueblos vencedores han aclamado á sus ilustres caudillos y los vencidos han pagado el pato, es decir, el botín del vencedor, el imprudente fumador iba á tirar la inocente tea de la discordia, ó sea el cigarro, cuando la buena Alejandrowra le detuvo con encantadora amabilidad, porque aunque reina es mujer y cachonda (1), y le dijo:—«Vuestra Excelencia puede fumar.» El diplomático, sonrojado como una guindilla y con las orejas ardiendo de vergüenza, como si no hubiera firmado una infamia cancillerisca en toda su vida, quedó atontado, con aptitud apenas suficiente para tirar de un carro. Entonces la emperatriz, á sus anchas, porque así debe de sentirse ante un hombre embrutecido una mujer superior ó una extrasuperhembra hija del sol, hermana de la luna y prima de las estrellas con rabo, como las llaman en mi tierra, mandó á un servidor que le atizase candela; mas para colmo de complicaciones, el servidor era un discípulo de Budha, y entonces con intuición sublime, elevándose á la altura de la majestad y con ademán y tono que la Dusse difícilmente imitaría, dijo:—«¡La luz viene de Oriente!»

La frase imperial, publicada por la prensa londonense, ha suscitado muchas discusiones acerca de la estrella aparecida en el primer año de nuestra era. ¿Se trata de una es-

(1) No se tome á mal el adjetivo porque lo use un saarquieta: la Academia lo admite en buena cuenta. Si la palabra tiene varias acepciones, entre ellas algunas ofensivas, culpease al idioma ó á la maticia del lector. Bien mirado me importa un comino todo ello; porque una mujer reina no merece tantas contemplaciones.

trella periódica, de un sencillo meteoro ó de una estrella nueva como esa *Nueva Perseo* que ha venido á admirarnos diez y nueve siglos más tarde? Los creyentes, si los hay sinceros, lo que es dudoso suponiéndolos alguna instrucción, lo arreglan fácilmente; saben, según el Génesis, que los astros son faroles para alumbrarnos, y no les importa uno más ó menos; pero los hombres de ciencia hilan más fino, y entre ellos David Forbes, socio eminente de la *Geographical Society*, quien ha llegado á la siguiente solución: Contando con las variaciones que, según sus situaciones respectivas, han debido imponer á la periodicidad del cometa Halley en cada una de sus visitas «la luz que viene de Oriente», como el astro que vino á presidir la destrucción de Jerusalén, son apariciones periódicas del cometa que Halley estudió al final del siglo xvii.

Esta variación en la periodicidad del astro errante es considerable á veces. En 1759, por la acción combinada de Júpiter y Saturno, se retrasó seiscientos días; mas para honra de la ciencia el retraso estaba previsto y calculado por el mismo Halley, que murió diez y siete años antes de la aparición del astro.

David Forbes ha manifestado que seis meses antes del año uno aquel cometa se hallaría cerca del horizonte, al Este, dirigiéndose hacia su perihelio; seis meses después, hacia el fin de Diciembre, había franqueado el punto de la trayectoria más cercano al sol y se hallaría cerca del zénit. De entonces acá nos habrá visitado veinticuatro veces; su anterior aparición se verificó en 1835; la próxima será en 1910 ó 1911.

La estrella de Belén, lejos de ser un astro enviado para felicitar á José por el nacimiento del hijo de su esposa, es una manifestación de las leyes naturales, y lo de la guía de los reyes magos, indigno de hombres serios, sólo sirve para ser creído por católicos.

\* \* \*

El asunto anterior ofrece oportunidad para hablar del interesante libro de Frazer *Le Rameau d'Or*, que trata de la ciencia y de la magia.

No cree el autor que los magos hayan sido siempre como aquellos augures que no podían mirarse sin reírse de la credulidad humana; frecuentemente el mago era un convencido que, en vista de que las mismas causas producen siempre los mismos efectos, creía que si á la celebración de ciertas ceremonias convenidas siguen casualmente ciertos resultados deseados, el hecho se repetiría siempre. Tomaba sencillamente la idea de coincidencia por la de causa; más el estudio de las coincidencias para buscar las oportunidades con la mira de evitar fracasos, le dió á conocer cantidad de conocimientos físicos que consideraba como reglas de su arte, las cuales le daban lo que consideraba dominio sobre la naturaleza y poder de hacer prodigios.

El error de los magos procedía de que lo que creían sucesión de acontecimientos determinados por leyes contenidas en su arte, era una falsa concepción de la naturaleza.

En cuanto á la religión, que Frazer llama justamente una conciliación de poderes superiores al hombre que se cree ocupado en dirigir el curso de la naturaleza, es evidente que se opone á la magia y á la ciencia á la vez.

Esta oposición radical explica suficientemente la hostilidad que ha existido en todo tiempo entre el cura y el mago por una parte, y entre la religión y la ciencia por otra. Si los frailes ejecutaban á los brujos, el Santo Oficio suplicaba á Giordano Bruno, y Calvino quemaba á Miguel Servet.

\* \* \*

Después de haber demostrado que una edad de la religión ha sido precedida en todas partes de una edad de la magia, el autor se pregunta por qué la humanidad, en gran

parte al menos, ha abandonado la magia como principio de fe y de culto, y por qué se ha vuelto hacia la religión.

La respuesta es sencilla: se ha visto que la magia no daba buenos resultados; tampoco los de la religión, pero cuando la magia trataba con arrogancia y quería dominar los llamados poderes soberanos, la religión se sometía á ellos y aun los creaba en caso necesario. Un fracaso era para la religión una petición desechada, mientras que para la magia era un signo de impotencia. Esto es lo que, á nuestro juicio, ha permitido á la religión defenderse tanto tiempo, más débilmente cada día, contra los golpes que le asesta la ciencia.

\* \* \*

Sirvan de ejemplo, en la magia, la religión y la ciencia, los llovedores.

Entre los magos, los procedimientos son excesivamente variados. En el Swaziland, el llovedor saca con ritos místicos agua de un río y la lleva á un campo cultivado; la tira al aire, y al caer se supone que por simpatía atrae la lluvia de las nubes. En el Oeste africano se procura atraer la lluvia lanzando agua con la boca. En el Queensland, las ceremonias son complicadísimas y largas, durante las cuales acaba por llover, naturalmente, á fuerza de tiempo; pero si no llueve, el fracaso es lamentable para el mago.

Entre los religiosos no se corre ningún riesgo. Se hacen rogativas implorando el beneficio de la lluvia; si llueve es señal de que el ruego ha sido atendido, si no se carga la negativa á cuenta de los pecados de los feligreses, y con ello más socialifias para novenas, procesiones, misas, exorcismos y plegarias, lo cual es más cómodo y útil para los que se llaman ministros del Altísimo.

Entre los hombres de ciencia se ha tratado con cierto éxito de producir la lluvia; cuando los procedimientos se perfeccionen, el resultado quedará para siempre.

Por esto y por razones análogas, es lógico esperar el triunfo definitivo de la ciencia sobre la religión y la magia.

\* \* \*

*Y los Ciegos verán.*—Terminada esta crónica llega á mis manos la *Revue des Revues*, anunciando, en un artículo que lleva este mismo epígrafe, que el Dr. Peter Stiens ha descubierto un medio de dar vista á los ciegos, no sólo á los que la han perdido, sino aun á los que no han visto nunca.

El Dr. Caze, sometido á la prueba, ha quedado maravillado; y más cuando ha oído al inventor que no es sólo cuestión de que vean los ciegos, sino de conseguir para la vista lo que el teléfono para la transmisión de los sonidos.

TARRIDA DEL MÁRMOL

---

## SOBRE EL PACTO SOCIAL

---

*Pacto unilateral.*—*Pacto bilateral: en falsedad é inutilidad bajo el régimen del salario.*

En la abigarración multicroma y contradictoria en que se desenvuelven todos los actos de la vida social del capitalismo, con todo el farrago inmenso de sus leyes empíricas y modernas costumbres *democratizadoras*, no se tropieza más que con incongruencias y anomalías, entre sí chocantes, que á cada paso ponen de relieve, á la vista del más miope, lo endeble y gastado de las actuales *legalidades* políticas y jurídicas.



Vive el capitalismo en el esplendor magnífico de su preponderancia y apogeo, y por esto dicen sus defensores acérrimos y brillantes panegiristas, que la *legalidad del beneficio democrático* se extiende providencialmente por todo el mundo civilizado, igualando á los hombres ante la ley, sin excepción de clases ni privilegios de jerarquía.

Los defensores de la legalidad y del Estado burgués aseguran formalmente que ya no existen esclavitudes humilladoras ni onerosos servilismos, y no caen, ó no quieren caer, que para el caso es igual, en la cuenta de que el servilismo y la esclavitud no pueden desaparecer del orden social mientras subsista la explotación del hombre por el hombre, causa determinante de toda dependencia social y de todo humano relajamiento.

Afirmar que el hombre proletario es *libre*, positivamente libre, libre en toda la augusta extensión de la palabra, por el sólo hecho de que puede alquilar sus servicios de trabajo á quien mejor le convenga, ó no alquilarlos á nadie, si tal es su *soberana* voluntad, es desconocer en absoluto la verdadera situación económica en que ordinariamente se solucionan, ajustan y pactan todas las transacciones de contratación, cambio y compraventa efectuadas entre el capital y el trabajo. Y si no, examinemos el asunto con algún detenimiento, y así podremos convencernos de lo muy falsas que resultan las afirmaciones sostenidas por los defensores del orden establecido.

El trabajo, para hacer valer sus derechos de soberano, no cuenta con otros medios, reservas ni garantías, que con las fuerzas vivas de sus factores primordiales, los trabajadores. Estos, como es sabido, no poseen otros elementos de vida que los que irregularmente les proporciona el alquiler diario de sus fuerzas, puestas al servicio de la producción.

Y siendo el capital como es, desde luego, la acumulación de todas las riquezas sociales, elaboradas por el esfuerzo colectivo de las generaciones obreras pasadas y presentes, y hallándose esta gran fuerza económica, como evidentemente se halla, en poder y á la absoluta discreción de sus felices tenedores legales, los señores capitalistas, ¿se nos quiere decir dónde, en qué principios de justicia podrá descansar la equidad moralizadora de los contratos sociales pactados en tan onerosas circunstancias de desigualdad entre el capital y el trabajo, entre los capitalistas poderosos y los trabajadores hambrientos...?

Dicen los señores economistas, defensores del capitalismo, que todos los contratos sociales se basan hoy día sobre principios de la más escrupulosa y liberal equidad, porque desaparecido el despotismo *leonino del pacto unilateral*, predominante en los tiempos antiguos y medioevales, merced á los redentores progresos realizados por la justicia humana al calor de la gran revolución democrática inspiradora de nuestra época, al presente todos somos libres para dar el destino que mejor nos cuadre al empleo provechoso de nuestras aptitudes físicas ó mentales, y que, *cada uno, ante sí y por sí*, puede dedicarse individual y libremente á ejecutar la labor, profesión, tráfico ó industria que tenga por conveniente.

Esto es verdad, *casi en absoluto*.

Al presente ya no puede el señor de *horca y cuchillo* obligarnos á trabajar por la fuerza, violentamente empleada. Perfeccionados los antiguos procedimientos de opresión y detentación, en *apariciencia* y sólo en *apariciencia* ha desaparecido el *pacto unilateral* impuesto en anteriores épocas de vileza y servilismo por la barbarie guerrera y conquistadora á los débiles y á los vencidos, para ser *generosa y liberalmente* suplantado por el *pacto bilateral*, pacto basado en la moderna concepción democrática de la *igualdad ante la ley*, sabia concepción mixtificada, en que informa todos los principios del derecho público y consuetudinario el individualismo imperante.

Pero examinemos con algún detenimiento el asunto, y luego nos será fácil colegir sería, racional y desapasionadamente lo que el paria, el esclavo, el siervo, en fin, de todos los tiempos, ha ido en realidad de verdad ganando al convertirse en el ciudadano libre, en el proletario *soberanamente familiar de nuestros días, que vota y que puede ser votado.*

\* \*

El *pacto unilateral*, llamado vulgarmente *leonino*, porque, como su nombre indica bien á las claras, era el compromiso forzoso que los débiles y los vencidos—sin adquirir derecho alguno, ni aun el *derecho de existir*—contratan con los fuertes, de permanecer fieles y sumisos y á la absoluta discreción de los caprichos y venalidades de los señores.

Era éste un pacto monstruoso, un pacto infame, que en realidad no era pacto, por que no puede serlo acto alguno de alianza, contrato ó asociación, verificado entre dos ó más personas en que no haya completa libertad igualmente disfrutada por parte de todos los pactantes.

*Te obligo sin obligarme*; tal es la fórmula sintética en que puede gráficamente expresarse la idea del *pacto unilateral*. Este pacto no puede calificarse de tal, porque donde la voluntad de uno impone á capricho deberes á los demás, no hay pacto posible, sino esclavitud más ó menos disimulada. Y esclavos de la desigualdad económica resultan cuantos, siendo proletarios, *pactan* con los capitalistas en desigualdad evidente de condiciones.

La verdad de los pactos sociales radica íntegra en la igualdad de medios de que deben disponer sin tasa, libremente, los pactantes. Si uno de los que pactan es más fuerte, económicamente hablando, que los demás, éste, so pretexto de ejercer patrocinio, procurará imponerse y el pacto dejará de ser pacto para convertirse en *imposición leonina*.

El pacto unilateral, impuesto por la tiranía de los déspotas acaparadores de la tierra y sus riquezas á los siervos inermes y desheredados, ha sido traducido por el individualismo democrático, en el pacto bilateral. Y si antes bajo la caduca fórmula del derecho antiguo, quedaba el vasallo-siervo sujeto fuertemente al mesnadero-señor por la bárbara razón de la fuerza, ahora en la nueva forma de opresión adoptada, el obrero proletario, el ciudadano *libre políticamente*, sufre otra nueva sujeción, la sujeción económica; pues que si bien proclaman las constituciones vigentes en casi la totalidad de los Estados de Europa y América, el gran principio de derecho, de que *el hombre es libre, igual á todos sus semejantes ante la ley*, y que como tal hombre libre puede hacer de sus fuerzas y aptitudes el empleo provechoso que tenga por conveniente, como el hombre proletario no cuenta con más medios materiales de vida que los que le proporciona de ordinario la venta de sus servicios de trabajo, el hombre proletario es esclavo—tan esclavo casi como antes—de los alquiladores de su fuerza, de los ricos y de los propietarios que acaparan privativa y legalmente cuanto en el mundo existe acaparable y supone, por tanto, trabajo acumulado. Y si el hombre proletario, en la inferioridad legalista de su suerte de desheredación y abandono, se ve obligado á pactar con el poderoso explotador, poseedor privativo de inmensos medios de vida; si en las manos del rico propietario, del gran terrateniente ó del fabricante opulento, está el pan del obrero y al obrero le es preciso conquistar ese pan diariamente para la conservación de la existencia; si esto es así, como evidentemente lo es, ¿qué moralidad justiciera podrán tener los pactos sociales efectuados entre obreros y capitalistas?

La libertad de que gozan los obreros en las contrataciones que, fatalmente, incluyen, se ven obligados á verificar con los capitalistas para la venta diaria de sus ac-

tividades musculares ó cerebrales, es muy parecida, casi idéntica á la *libertad leonina* de que se nos habla en la famosa fábula del *convenio pactado entre la vaca, el asno, la oveja y el león*, pues que los capitalistas, astutos con la astucia insidiosa del avaro insaciable, desempeñando á las mil maravillas, por su posición desahogada, el despótico papel del *rey de los desiertos*, se llevan bonitamente, en el reparto social de los beneficios de la producción, la casi totalidad de cuantas riquezas producen y hacen fructificar los trabajadores esquilimados.

Todo contrato social efectuado en las onerosas circunstancias de legalidad por que se vienen regulando hasta la fecha las relaciones entre capitalistas y obreros, es una infame mentira jurídica, la consagración legalista del *timo*, elevado á principio de derecho, el robo tolerado y amparado por la ley y por la fuerza armada.

Resulta, pues, evidentemente, que la libertad de contratación es un mito y la igualdad de los ciudadanos ante la ley una monstruosidad abominable, despojadora é in-moral.

\* \* \*

*Pacto bilateral*, quiere decir que este pacto se verifica y afirma con el previo consentimiento, libérrimamente expresado, de las partes contratantes y no por la exclusiva voluntad impositiva de una sola personalidad indiscutible, como sucedía en las contrataciones, patrocinios y alianzas presididos por el pacto unilateral.

Pero como las circunstancias económicas en que generalmente se conciertan los pactos sociales son tan anormales, dista mucho el llamado pacto bilateral de ser un medio de pactar justo y equitativo, por cuanto una de las partes, *la parte capital*, tiene más libertad, mayores garantías y seguridades de éxito que la otra, que es la *parte trabajo*.

El trabajo vencido, atado de pies y manos porque carece de elementos propios con que afirmar lo excelso de su redentora prosapia, se ve obligado á aceptar las siempre onerosas condiciones en que el capitalismo apoya todos sus contratos; y si no las acepta, si no se rinde á discreción, si resiste, en fin, el trabajo que todo lo produce y procrea todo; el trabajo que es la fuerza de la vida, el movimiento generatriz y viripotente que todo lo promueve, renueva y modifica con su impulso vigoroso; el trabajo, fomentador de toda dicha, felicidad y ventura; si no se aviene á aceptar la omnívota y avasallante tutela del capitalismo, verá perecer á sus hijos, los proletarios, pasto de las más horribles privaciones, de las miserias más tremendas.

\* \* \*

Teniendo de su parte mayores garantías, libertad y poder, el capitalismo puede imponer é impone su voluntad soberana en todo contrato social, quedando, por tanto, el trabajador á la absoluta discreción de los que alquilan y explotan su fuerza de trabajo mediante el pago de un salario siempre mezquino y despojador.

El capitalista dispone de todas las ventajas en el orden económico, perjudicando al productor y al consumidor, y es, en una palabra, *un sér privilegiado*, por lo que el contrato bilateral, tal cual se entiende y practica, y no pudiendo, hoy por hoy, ser entendido ni practicado de otro modo, resulta un contrato inmoral, un contrato verdaderamente impositivo, sin eficacia alguna para garantir justamente los derechos de los factores humanos del trabajo, ya que, vencidos por la total carencia de medios, los trabajadores nada pueden contra el abuso capitalista, y se encuentran, por tanto, en la necesidad ineludible de aceptar como buenas cuantas exigencias les sean leoninamente impuestas por la desalmada codicia de los patronos.

El abuso, la desigualdad de medios presidiendo todas las manifestaciones de la vida económica de la sociedad, da el triunfo á los poseedores del capital y destruye así toda libertad individual y social, convirtiendo en miserables esclavos del salario—*aceptado generalmente sin previa apreciación bilateral de su justicia remuneratoria*—á la inmensa masa de hombres laboriosos que trabajan y se afanan para mal poder vivir.

\*  
\* \*

Como acabamos de ver en el curso de lo anteriormente narrado, se pretende y asegura seriamente por cuantos viven privilegiados sobre la miseria del infeliz pueblo productor, que en los contratos entre el capital y el trabajo preside siempre la moralidad más exquisita, ya que la *igualdad bilateral* de las partes contratantes, igualdad basada en el sistema individualista de la *libre concurrencia*, coloca *igualmente* á patronos y á obreros en condiciones de libertad de acción, idénticas para pactar entre sí.

La *oferta* y la *demand*a, fundadas en la *bilateralidad de los pactos sociales*, según aseguran los legisladores y los economistas, ha producido en el orden del derecho común la igualdad social. Los obreros, como los patronos, son libres para pactar y contratar entre sí, *de igual á igual*, ya que sin el previo consentimiento de ambas partes contratantes no es válido pacto alguno sellado entre el capital y el trabajo.

El obrero es libre para aceptar ó rechazar los ofrecimientos que le haga el patrono al solicitar su concurso personal en un trabajo determinado; puede entrar el trabajador, franca y libremente, de igual á igual, en discusión con los solicitadores de sus servicios de trabajo, y hasta le es lícito imponer á los patronos cuantas condiciones crea justas ó simplemente beneficiosas á su persona y á sus intereses.

*Legalmente* puede el obrero discutir la cuantía de su jornal y entrar con los patronos en discusión sobre las *horas de duración legal de la jornada diaria del trabajo*. Es libre el proletario trabajador para abandonar un trabajo y dedicarse á otro, y no existe, ciertamente, ley vigente alguna que se oponga á que el obrero *mude de amo* tantas cuantas veces se le antoje, toda vez que *de amo mulará, pero de explotador no escapará*.

Mas en todo este *conjunto de libertades*, no existe ni *una sola siquiera* que no lo sea en apariencia únicamente. Sí; en apariencia, y solamente en apariencia es libre el trabajador, desheredado para todo cuanto afecta á la libre contratación y venta de sus servicios de trabajo.

El obrero *vende sus servicios, no pacta*; y como toda venta es un engaño manifiesto que, en definitiva, perjudica siempre al que se ve obligado á vender por necesidad, resulta que el trabajador, condenado á vivir al día de la venta de sus servicios de trabajo, sale siempre esquilmado en sus tratos con los patronos, porque *vende para vivir*, por necesidad imperiosa é ineludible.

La libertad del trabajo existe de derecho, pero no de hecho. De derecho el obrero es libre, pero de hecho resulta esclavo, si no quiere perecer de hambre.

La ley del salario, *ley inflexible*, ley tiránica, despojadora y malogradora de toda libertad, opónese á que el obrero pueda hacer uso conveniente, digno y racional de sus derechos naturales y humanos de hombre libre.

El obrero está sujeto, material y moralmente sujeto, por el salario, á sufrir los caprichos egoístas y venales ambiciones del capitalismo.

El capitalismo, en su obra de absorción monstruosa, ha llegado á la acaparación de cuanto supone valor, implica riqueza ó es susceptible de producir algo provechoso, explotable ó disfrutable. Sólo cuando este caso ha llegado; cuando los que *dirigen* el mundo

han visto acumulados en sus manos acaparadoras todos los bienes materiales de la tierra; sólo cuando nada han tenido que temer de la libre concurrencia, pues que se hallaban bien pertrechados para la lucha, sólo entonces se han decidido á proclamar la igualdad de todos los hombres ante la ley.

Por eso, á poco que se estudie el aparente espíritu de *equidad justiciera* que preside el actual estado de derecho; á poco que nos detengamos en el examen jurídico-legalitario de la igualdad ante la ley, pronto caeremos en la cuenta de su falsedad evidente, pues que no es concebible la práctica serena de tal igualdad en una sociedad de *desiguales*, de reyes y de vasallos, de amos y de criados, de explotados y de explotadores.

No; bajo el actual estado de derecho no es posible la práctica serena de la igualdad, porque, privado como se halla el pueblo productor de todo elemento propio de vida; faltar, económicamente hablando, de medios de defensa; inerte, como lo está, para luchar contra sus enemigos y contra sus explotadores poderosos, ¿se nos quiere decir dónde está la igualdad social tan ponderada por los bienhallados adscritos á la causa de a explotación del hombre por el hombre?...

La sociedad está inmoralmente dividida en clases: unas poderosas, que disponen á su sabor de la riqueza social, del poder y de la fuerza armada; otra, la más numerosa y fecunda, sustentáculo poderoso de todo orden y felicidad, la clase de los esclavos del trabajo, en fin, que no tiene ni tierra sobre que caerse muerta, que con nada cuenta, aunque todo lo produce, ordena, fomenta y fecundiza.

¿Puede, pues, haber equidad en los pactos sellados entre entidades desiguales económica y socialmente hablando?

El que, no poseyendo más medios de existencia que sus brazos, se ve forzado perentoriamente, imprescindiblemente á vender esos brazos, que es lo único vendible de que dispone, ofreciendo los servicios de su vitalidad utilizable á los explotadores capitalistas; el que, siendo pobre, se alquila al rico para vivir al día en una sociedad en la que para cada plaza existen veinte oferentes á lo menos; el desdichado que trabaja, en fin, que trabaja á cuenta del especulador enriquecido á expensas del trabajo ajeno, dígase lo que se quiera en contrario, no puede hacer uso razonable y digno de las libertades y derechos jurídicos ó políticos que las leyes le confieren, porque donde *no hay que comer*, donde se carece de medios propios de vida, la dignidad no existe y hasta la racionalidad se eclipsa con frecuencia.

\*  
\*  
\*

La vida social y jurídica de los pueblos es una espesa trama de audacias y mentiras absurdas y de inicuos convencionalismos.

Todo el edificio social está fundamentado sobre bases artificiales.—El timo detentador, la estafadora martingala, el enredo curialcesco, la astucia política y el subterfugio religioso forman el cuerpo legal del derecho escrito y suponen, por tanto, el concepto moralizador en que se inspiran las prácticas, usos y *buenas costumbres* de nuestra vida de relación. El engaño es la habilidad más en boga, y la que mayor número de hombres audaces consigue elevar á la categoría de *superiores*...

Los individualistas alardean de haber civilizado y redimido el mundo con sus leyes democratizadoras, ponderando, de paso, las excelencias liberalísimas del *pacto bilateral y de la igualdad ante la ley*. Pues bien, señores individualistas; vuestro pacto, lo acabamos de ver, es el pacto de la explotación llamado impropriamente bilateral, como llamais libertad al abandono y justicia á la represión violenta. Y en cuanto se refiere á la igualdad ante la ley, de cuyo establecimiento tanto os envanecéis, bástanos saber que la

justicia histórica, nuestra digna justicia histórica del verdugo, la horca y el presidio, ha sido comparada, gráfica y acertadísimo, con la *tela de araña en que se enredan, para perecer devoradas, las inocentes moscas, pero no así los poderosos y agresivos moscardones...*

Esta visto; digan lo que quieran los sabios doctores del individualismo, todos los contratos sociales verificados bajo el actual estado de derecho, como carecen de una base sólida de justicia en que apoyarse, *son contratos leoninos*. La libre concurrencia no es libre concurrencia, sino lucha infame donde, como es natural, siempre quedan vencidos los más débiles, económicamente considerados.

Sólo promoviendo la emancipación económica de las sociedades, serán los humanos positivamente libres é iguales entre sí para poder pactar y contratar libérrimamente en los pactos y contrataciones de la cooperación voluntaria y mutualista. Entonces podrá decirse con verdad absoluta que en la sociedad el individuo es libre completamente para pagar sus obligaciones sociales haciendo de sus fuerzas y aptitudes el empleo provechoso que estime más conveniente y de su agrado, porque no se hallará sujeto, como ahora, á la inflexible *ley del salario* ni á las brutales exigencias de un régimen irracional.

Bajo el régimen de libertad á cuyo establecimiento aspiramos, pactará el individuo, *libérrima y signalagmáticamente*, con los individuos y colectividades que tenga por conveniente; y, llenando por el trabajo sus deberes sociales de producción y cooperación á todas las finalidades del bien altruista y de la solidaridad fraternal, disfrutará sin tasa, ampliamente, de los beneficios del consumo, de las dulzuras de la solidaridad y de todos los derechos inherentes á su elevada condición augusta de ser libre y racional.

Sólo así podrá llamarse con justicia á toda contratación voluntaria (*entiéndase pacto libre*) concertada entre seres humanos libres é iguales en el sentido práctico, económico y social de la palabra, *pacto bilateral*. Pero mientras la emancipación económica de los hombres y de los pueblos no se produzca; mientras que todos los seres humanos no se hallen equiparados en el disfrute de la igualdad de medios económicos y sociales para que puedan desenvolverse en toda su integridad, viviendo en *sí* y para *sí*, como *fin* y no como *medio*; en una palabra, mientras las cosas continúen como hasta aquí, nadie podrá convencernos de la *bilateralidad* de los *pactos sociales*, exentos de toda equidad y faltos de toda justicia.

DONATO LUBEN

---

## ESCULTORES Y PINTORES

---

Quedó anulado, en bien de todos, el extraño concurso para la erección del monumento á las víctimas del patriotismo en las campañas coloniales, se convocó á los artistas á otro nuevo en el plazo de dos meses, y á estas fechas trabajarán todos con ahinco soñando que su boceto será el mejor, y, por consiguiente, adoptado por el Jurado que ha de fallar inapelablemente.

De los bocetos que se presentaron en el anterior concurso no queremos ocuparnos porque es seguro que sus autores, obrando cuerdamente, los habrán deshecho.

Aguardaremos, pues, á que se celebre la nueva justa de artistas para hablar de los proyectos.

\* \* \*

En el ministerio de Estado se hallan expuestos los trabajos de segundo envío de los jóvenes pensionados por el gobierno español para que ampliaran sus conocimientos escultóricos y pictóricos en Roma.

Causa pena, siente nuestro ánimo desconsoladora decepción al ver cómo artistas con facultades probadas y tendencias bien definidas tienen que amoldarse y someterse á las imposiciones de un reglamento que les obliga á gastar sus energías artísticas en la ejecución de copias de obras que, si bien merecen ser respetadas por entrañar el espíritu social de otros tiempos, en el nuestro no pueden ni deben adoptarse como modelos.

De Benedito es la copia de un fragmento del fresco *El incendio de Borgó*, de las Cámaras de Rafael en el Vaticano.

Sotomayor ha enviado otra copia de otro fragmento de un fresco del *Moisés*, de Luca Signorelli, de la capilla Sixtina.

Chicharro, la de un fragmento de otro fresco de Rafael, titulado *El milagro de Balseña*, también de las Cámaras del Vaticano.

Núñez, grabador, la copia de un retrato existente en el Museo del Louvre, en grabado, y dos copias al lápiz de dos grupos en mármol de Rodên y Turkán.

Los escultores Martín y Garnelo mandan cada uno un relieve de tamaño natural; el del primero es una copia de varias figuras del *Monumento á los muertos*, de Bartolomé, y en el del segundo se advierte en seguida que no ha estado muy acertado en la elección de original, porque como las copias son siempre deficientes, aquél ha de aparecer más íntimo, aunque resulta algo más personal.

El arte, en nuestro sentir, tiene un fin social más elevado; una misión más noble que cumplir; un sentimiento más sincero que expresar; una idea más propia, más individual que obedecer. El verdadero arte ha de salir de lo más hondo del alma del artista, como desprendimiento de una parte de su yo arrancada á impulsos del entusiasmo artístico; es una fuerza que se separa de nosotros y antes de expirar obedece las leyes naturales y se transforma en barro dejando en él su esencia; es como el depósito de una fuerza que cristalizó un sentimiento en su propia imagen, y no por asimilación ordenada y sucesiva de las ideas que puedan darnos las impresiones que dejen en nuestra memoria aquellas obras que hayan obtenido la sanción de los más. Los artistas, así impropriamente llamados, que esto hacen son cilindros impresionados y su función en el arte es simplemente mecánica: nunca llevarán sus obras el germen fecundo de los espíritus libres que las engendran sin temor al fracaso, y jamás podrán sustraerse de su cualidad de esclavos y de su condición de eunucos.

El arte del porvenir, que ya alborea—cuyas primicias contemplamos regocijados los que anhelamos una Humanidad libre de prejuicios y trabas en todos los órdenes del saber,—no será la manifestación llorona y deprimente de la resignación cristiana, que mendiga contristada la humillante caridad de los protectores; será la alegría de la vida triunfante, espléndida, amplia, múltiple, resultante de la salud corporal y espiritual, que llevará por lema la razón y por escudo la verdad.

Esos artistas que se complacen en presentarnos sus propias miserias psicológicas, mostrándonos esas turbas degeneradas y harapientas, no hacen más que pordiosear compasión para sus obras, como los mendigos de oficio alquilan niños anémicos y raquíticos

para llegar al sentimiento del transeunte y arrancarle más fácilmente la limosna, y demostrar de un modo innegable que ellas son hijas de cerebros enfermos.

A la juventud trabajadora hay que pedirle más, hay que exigirle un testimonio más en razón con el vigor de sus fuerzas y la esperanza de sus alientos, hay que aconsejarle que borre de sus obras el dolor, vergüenza de la Humanidad y padrón infamante de nuestro egoísmo.

La vida exuberante, la vida fuerte, con sus titánicas luchas y sus hermosos triunfos, recompensas otorgadas por el dios Trabajo, he ahí la obra, la inmensa, la incomparable obra en que pueden emplear sus energías los artistas modernos.

RICARDO BARDÓN

## La perla negra

### I

Cuando llueve en Amsterdam, llueve que es una bendición; y cuando hay truenos, trueno de lo lindo. Esto pensaba, al anochecer de un día de verano, mi amigo Baltasar Van der Lys, corriendo á lo largo del Amtel para llegar á su casa antes que se echara encima la tormenta. Por desgracia, el viento del Zuyderzée corría más deprisa que él. De pronto saltó una racha espantosa por el muelle, sacudiendo postigos, rompiendo muestras, retorciendo veletas; buen número de tiestos de flores, tejas, *espías* (1) y tablas desprendidas de los aleros ó de las ventanas fueron á parar en confuso tropel al canal, y tras ellos el sombrero de Baltasar, quien pasó las grandes fatigas del mundo para no seguir á su sombrero. Al momento retumbó el trueno, desgajáronse las nubes, y quedó Baltasar calado hasta los huesos, por lo que echó á correr á más y mejor.

Sin embargo, á la altura del Asilo de huérfanos recordó lo peligroso que es producir corrientes aéreas cuando hay tempestad; sucedíanse los relámpagos sin cesar; rugía trueno sobre trueno; podía producirse una desgracia. Esta observación le espantó de tal manera, que se refugió á ciegas debajo del toldo de una tienda, donde alguien le recibió en sus brazos y á pique estuvo de rodar con él por el suelo, un caballero sentado en una silla—no era otro que nuestro común amigo Cornelio Pump, que presento á ustedes como el primer sabio de la ciudad.

—¡Carambal... ¡Cornelio!... ¿Qué demonios haces ahí en esa silla?—dijo Baltasar, sacudiéndole.

—¡Eh, eh!—respondió inquieto Cornelio.—¡No te agites así, que me vas á romper el hilo de mi cometal

Volvióse Baltasar, creyendo que su amigo se burlaba de él; pero no sin asombro, le vió seriamente ocupado en cobrar, por medio de un cordoncillo de seda, la más hermosa cometa que jamás haya visto Amsterdam suspensa en los aires. Ese majestuoso juguete cabeceaba á prodigiosa altura sobre el canal, y parecía descender á tierra de mala gana. Cornelio tira que tira, la cometa tira que tira, y el viento, complicando las dificultades, divertíase mucho con esa pequeña porfía. Pero lo más admirable era la cola de la co-

(1) Llámanse así unos espejos colocados en los balcones y ventanas, para iluminar más las habitaciones y para ver desde dentro á los transeuntes.—(N. del T.)



meta, dos veces más larga de lo usual, y adornada toda ella con un sinnúmero de tirillas de papel.

—¿Qué demonio de idea te ha dado—exclamó á la postre Baltasar—de jugar á la cometa con un tiempo como éste?

—Bobo, no juego á la cometa—contestó Cornelio sonriéndose de lástima;—estoy comprobando la presencia del ácido nítrico en las nubes cargadas de electricidad... Testigo (añadió el sabio, quien pudo por fin apoderarse de la cometa, resueltamente vencida, y echó una mirada á los papelitos que guarnecían la cola), testigo mi papel de tornasol, que se ha enrojecido como ves...

—¡Ah!—replicó Baltasar con esa sonrisa un poco guasona del ignorante que no comprende una jota de esas puerilidades de la ciencia—¡Ah, es para estudiar!... ¡Bonito momento!

—¡Ya lo creo!—respondió cándidamente Cornelio.—¡Y qué observatorio!... ¡Mira bien eso! ¡No hay casas próximas! ¡Magnífico horizonte! ¡Diez pararrayos á la vista, y todo echando chispas! ¡Bastante tiempo hace que vengo atisbando á esa pícará tormenta, y prometiéndome venir aquí á mirarla cara á cara!

Tras estas palabras, estalló el violento estampido de un trueno.

—¡Anda, anda!—prosiguió Cornelio—¡Regaña y gruñe cuanto quieras, que al fin te tengo y te haré desembuchar!

—¿Y qué ves ahí tan interesante?—dijo Baltasar, á quien empezaba á alcanzarle el agua del arrollo y no estaba de buen temple.

—¡Pobre hombre!—replicó Cornelio con una sonrisa de compasión.—Respónderme ¿qué es aquello?

—¡Vaya una cosa! ¡Un relámpago!—dijo Baltasar deslumbrado.

—¡Sí! Pero ¿de qué naturaleza?...

—De la naturaleza de los relámpagos.

—No me entiendes: hay relámpagos y relámpagos—repuso Cornelio.—Tenemos el relámpago de *primera clase*, en forma de surco luminoso, contraído, de marcadísimo contorno, en forma de zizás y de color blanco, purpúreo ó violáceo; además, el relámpago de *segunda clase*, difusa capa de luz, generalmente roja, que puede abarcar todo el ámbito del horizonte; y, por último, el relámpago de *tercera clase*, que rueda y rebota, elástico y de forma esférica por lo común. Pero éste ¿es globular en realidad, ó sólo se trata de una ilusión óptica?... ¡He ahí el problema que tanto tiempo ha me preocupa! Verdad es, me dirás, que los globos de fuego han sido perfectamente observados por Howard, Schubler, Kaimtz...

—¡Oh, no digo ni pizca de eso!—respondió Baltasar.—Lo que digo es que crece el agua y quisiera irme de aquí.

—Espérame—dijo Cornelio.—En cuanto haya visto mi relámpago esférico...

—No á fe mía. Estoy nada más que á trescientos pasos de mi casa; me arriesgo. Y si quieres buena lumbre, buena cena, buena cama en caso necesario, y, en materia de globo luminoso, el de mi lámpara, te ofrezco todo eso. ¿Está dicho?

—Espera un poco; no puede tardar mi relámpago...

Baltasar iba á lanzarse á la calle sin responder, cuando de pronto un relámpago siniestro y cobrizo desgarró la nube, y en el mismo instante, á unos centenares de pasos, cayó un rayo con horrible estrépito. La sacudida fué tan violenta, que Baltasar dobló las rodillas y poco le faltó para caerse.

—Positivamente hay globo—dijo Cornelio;—ahora lo he visto bien. ¡Vamos á cenar!

Baltasar, cegado y aturdido, se encogía.

—¡El rayo ha caído por la parte donde está mi casa!

—¡No!—contestó Cornelio.—¡Es en el barrio de los judíos!

Sin escucharle, Baltasar echó á correr, á despecho del peligro; y Cornelio, recogiendo los papelitos y cubriéndose la cabeza con la silla, decidióse á seguirle á pesar de ir la lluvia en aumento.

A la entrada del Zwanerburgerstraat, donde estaba su casa, Baltasar quedó tranquilo por completo. Ninguna llama iluminaba la calle, y la casa estaba en su sitio. Subió de un salto la escalerilla del pórtico y dió dos ó tres aldabazos de amo. Sin embargo, se dieron tan poca prisa para abrirle, que Cornelio tuvo tiempo de alcanzarle. Baltasar repicaba con alma.

—¿Por qué no abre esta Cristiana?

Al fin, Cristiana se decidió. Estaba tan pálida, que metía miedo, temblaban sus manos, y apenas podía hablar.

—¡Ah, señor!—dijo.—¿Ha oído usted ese trueno?...

—¿Acaso te ha dejado sorda?—respondió Baltasar, metiéndose á escape en casa.—¡Hija mía, pronto, ropa, un buen fuego y los cubiertos!..

De una zancada subió los cuatro ó cinco peldaños de la escalera; y empujando la puerta del salón, fué á arrellenarse en una butaca con un suspiro de alivio. Cornelio le seguía con su silla...

## II

Una hora después ambos amigos acababan de cenar; y, puestos de codos en la mesa, se mofaban del viento y de la lluvia que se oían con furia por afuera.

—He aquí—dijo Cornelio—el mejor momento del día. Una buena botella de curasao blanco, un buen fuego, buen tabaco, un buen amigo con quien charlar: no hay como eso. ¿No es así, Cristiana?...

Cristiana iba y venía, poniendo en la mesa el pesado frasco de barro y las copas antiguas de esbelto pie. Su nombre pronunciado por Cornelio, la hizo ruborizarse; pero no respondió nada, temblando aún de miedo.

Ya es hora de decir á ustedes que Cristiana era una joven recogida por caridad en la casa de nuestro amigo Baltasar; y os pido permiso para contar su historia, tan pronto, que no daré tiempo á la impaciencia. Poco después de la muerte de su marido, la señora de Van der Lys, madre de Baltasar, estaba un día en misa, cuando sintió en la falda un leve tirón; y figurándose que alguien trataba de limpiarla el bolsillo, calculó con tanto acierto, que cogió en el acto la mano del ladrón. Era una mano de niña, regordetilla, sonrosada y fresca. A la buena señora llenáronsele de lágrimas los ojos al ver esos deditos de querubín ejercitados tan pronto en tal oficio. Su primera intención fué soltar á la niña, por lástima; la segunda, retenerla por caridad. ¡A esto último se decidió su noble alma! Llévose consigo á la pequeña Cristiana, que lloraba de miedo á que la pegase su tía. La señora Van der Lys la consoló, la hizo hablar y supo lo suficiente para comprender que el padre y la madre de la criatura eran uno de esos bohemios que recorren las ferias; que la niñita se había acostumbrado desde la más tierna infancia á todos los ejercicios de los saltimbanquis; que el padre se había matado al ejecutar un arriesgado ejercicio; que la madre había fallecido de miseria, y, por último, que la pretendida tía era una meguera que molía á golpes á la niñita y la enseñaba á robar, esperando á que creciera para enseñarla otras cosas.—Yo no sé si ustedes han conocido á la señora Van der Lys, pero era tan buena mujer como buen muchacho es su hijo. Conservó á su lado á la niña, que, como

se figurarán ustedes, no fué reclamada por su *tía*; la educó, la enseñó á leer, escribir y contar; y bien pronto fué modelo de dulzura, decencia y buenos modales. Y luego, ¡qué dispuesta para el arreglo de la casa!... Cuando murió la buena señora, al menos tuvo el consuelo de dejar á su hijo, á la vez que su cocinera, la vieja Gúdula, sorda y un poco torpe ya de piernas, una joven de quince años, despierta y vivaracha, que jamás dejaría apagar el fogón de Baltasar ni enfriársele la comida, y que sabía dónde encontrar la mantelería buena y la hermosa vajilla de plata para los días de gala. Además de eso, atenta, de buen componer, dulce y bonita; á lo menos, tal era la opinión de Cornelio, que había descubierto en aquellos ojos unos relámpagos mucho más interesantes que los de la *tercera clase*...—Pero, ¡chitol... Hago aquí punto por no murmurar.

Sin embargo, debo añadir que Cristiana dispensaba buena acogida á Cornelio, quien la prestaba interesantes libros; en su calidad de sabio, el joven hacía más caso de una mujer casera, como Cristiana, que de las más lindas muñecas de la ciudad, las cuales á menudo para nada sirven. Pero aquella noche parecía que la tormenta paralizó la lengua de la joven. Habíase negado á sentarse en su puesto á la mesa, donde estaba su cubierto como de costumbre; y so pretexto de servir á los dos amigos, iba y venía, sin escuchar apenas, contestando á tuertas y haciendo la señal de la cruz á cada relámpago... hasta el momento en que, al volver la cabeza Baltasar, no viéndola, creyó que se había retirado á su cuarto.

Pocos minutos después acercóse á escuchar á la puerta de aquella alcoba, que daba al salón paralelamente al gabinete de estudio; y como nada oyese, quedó convencido de que la joven dormía ya, y volvió á sentarse junto á Cornelio cargando la pipa.

—¿Qué tiene esta noche?—dijo Cornelio señalando con un gesto al cuarto de la joven.

—Es la tempestad—respondió Baltasar.—¡Son tan miedosas las mujeres!

—Si no lo fueran, amigo Baltasar—contestó Cornelio—no tendríamos la inmensa dicha de protegerlas como á unos niños... sobre todo ésta, ¡que es tan delicada y poquita cosa!... No puedo mirarla, de veras, sin que se me llenen de lágrimas los ojos: ¡es tan dulce, tan buena..., tan tierna! ¡Ah, qué hechicera criatura!

—¡Vamos, profesor Cornelio—replicó sonriéndose Baltasar—casi tiene usted tanto entusiasmo por Cristiana como por los truenos!

Ruborizóse Cornelio un poco y murmuró:

—¡No es lo mismo!

—Naturalmente—repuso Baltasar soltando la carcajada y cogiendo afectuoso ambas manos de Cornelio.—¡Vaya! ¿Crees que no veo lo que pasa?—le dijo con esa plácida sonrisa que nace del corazón y por la cual es imposible no querer á ese muchacho.—No sólo juegas á la cometa sobre el Amstel (como un niño grande que eres), sino que además juegas á la pala con Cristiana... y vuestros dos corazoncitos hacen de volantes...

—¡Cómol! ¿Crees tú...?—tartamudeó desconcertado el sabio.

—Ya va para tres meses, amigo Cornelio (y no creo que sólo por mis lindos ojos), tres meses que vienes aquí dos veces diarias: al mediodía, cuando vas á tu cátedra del Jardín Zoológico, y á las cuatro de la tarde, cuando sales de allí.

—Es el camino más corto...—dijo con timidez Cornelio.

—Sí, para hacerte amar...

—Pero...

—Vaya, razonemos—repuso Baltasar sin escucharle.—Cristiana no es una chica como otra cualquiera; tiene un corazoncito y una cabecita muy inteligentes, te lo aseguro; y

basta con eso para dejar lelo á un sabio como tú. La estrechas las manos, te inquietas por su salud, la prestas libros que ella devora. La das un pequeño curso de química con motivo de una mancha en su traje, de historia natural acerca de un tiesto de flores, ó de anatomía comparada con ocasión del gato. Y ella te escucha haciéndose toda oídos, toda ojos; y no quieres que meta la pata el amor, entre un profesor de veinticinco años y una discípula de diez y ocho?

—Pues bien; ¡la amo! ¿Y qué?—contestó con resolución Cornelio.—¿Qué quieres hacer?

—Yo nada ¿Y tú?

—¡Pues bien; quiero casarme con ella!

—¡Pues bien; entonces díselo!

—¡Pues bien; se lo digo!

—¡Pues bien; entonces abrázame!—exclamó Baltasar.—¡Viva la alegría! ¡Yo también me caso!

—¡Oh!—exclamó conmovido Cornelio.

—Y me caso—continuó Baltasar con el entusiasmo de un enamorado que no ve ni oye más que á sí mismo—y me caso con la señorita Susana Van Miellis, la hija del banquero.

Cornelio hizo un ademán que podía expresarse por «¡Diablo!» con signo de admiración. Baltasar prosiguió:

—Cornelio, fíjate en que la amo desde hace seis años y con pasión. Pero la señorita Susana, que es hoy hija reconocida de un gran banquero, no era entonces más que su hija natural. Era tan pobre su madre, que ambas venían á coser en casa. ¿Te acuerdas?... Si por aquel tiempo me hubiese atrevido á decir en voz alta: «He aquí mi mujer», ¡vaya una de gritos que hubiese armado mi familia! Por tanto, decía para mí: «Más tarde, más adelante...» Y ha llegado el *más tarde*. Cuando menos lo pensaban, un día hicieron á Susana y á su madre subir á un coche, y ¡arrea, cochero! Ese gran egotista de Van Miellis, que jamás había querido á su hija, la había encontrado por casualidad; hablábase conmovido; le daban remordimientos, según su dicho; lo que yo creo es que tenía gota y necesitaba quien le cuidase; pero sea lo que fuere, sabes lo demás lo mismo que yo. Ha muerto el invierno último, dejando á su hija una de las mayores fortunas de la ciudad.

—¡La más redonda!—dijo gravemente Cornelio.

—Pues bien; eso es lo que me molestaba, Cornelio, y lo que me impedía ver á Susana; el que era demasiado rica. No me atrevía á presentarme en su casa; hubiera creído parecer que iba allí por su dinero. ¡No puedes formarte una idea del diluvio de gente que ahora quiere casarse con ella! La vez primera que me la encontré, después de su cambio de posición, fué en el Jardín Zoológico. Alrededor de ella había media docena de caballeros de todas las edades, ¡qué galantes... qué obsequiosos!... Jamás me hubiera yo atrevido á acercarme á ella. Hay que ser justo; ella fué quien me llamó: «¡Eh, caballero Baltasar! ¿No saluda usted ya á sus antiguos amigos? Yo me deshacía en cumplidos: ¡Señorita!... ¡Señorita!...» Los otros reíanse quedo; pero cuando ella me tomó del brazo y su madre me convidó á comer, ya no refan ni pizca aquellos á quienes no se invitaba... ¡Y pasé una velada aquel día!... ¡Qué hermosa velada!...

—¿Y después?—dijo Cornelio.

—Después... ya no abandoné su casa. La amaba como un loco, pero nunca me hubiera atrevido á decir ni una palabra. La madre fué quien me incitó á que hablara... Ya sabes, una buena mujer que me quiere porque era yo atento con ella cuando era pobre.

Días atrás me dijo, al acompañarme hasta la puerta: «Pero hable usted, don Baltasar; vale usted mucho más que toda esa gente. ¡Cuán feliz sería yo llamándole hijo mío!...» A fe que esto me decidió; me cogí el corazón con entrambas manos, ¡y aquella noche, cuando me quedé á solas con Susana, le dije la gran palabra! Tenía el aspecto de quien se la estaba esperando; pero eso no era óbice para que estuviese tan conmovida como yo... Ruborizábase y sin embargo me miraba. ¡Oh! Me miraba hasta el fondo del alma; tanto, que todo daba vueltas en torno mío. Al fin me respondió: «Baltasar, no se ofenda usted por lo que voy á decirle; pero desde que soy rica, le aseguro que soy muy desgraciada. Ya no sé distinguir los que me quieren y los que no me quieren. Veo tanta gente que me adora que desconfío de todo el mundo. Y antes que casarme con un hombre en quien supiera yo un vil cálculo, ¡primero arrojaba mi fortuna en el Amstell!...

—¡Ah, señorital—exclamé (¿comprendes?)—¡Oh!—repuso ella—bien sé que usted no es de esos, caballero Baltasar... ¡Sería muy triste cosa!... Pero no basta; voy á decir á usted mi bello ideal. No quisiera aceptar por marido sino á quien me hubiese amado cuando pobre... ¡Ah, cuán segura estaría del amor de éste, y cómo habría de devolvérselo con creces!... Pues entonces—exclamé,—¡ese soy yo!... señorita, yo soy quien ama á usted desde hace más de seis años; y si nunca me he atrevido á decirselo, usted ha debido de advertirlo. Me respondió con dulzura: «Tal vez, sí...» Y continuó mirándome de una manera extraña... Bien veía yo que ella anhelaba creérmelo y que no se atrevía...

—Oiga usted—replicó,—¿quiere usted que me convenza de lo que me dice? ¡Recuerda usted aquel día de verano que trabajaba yo en su casa con mi madre? Trajeron unas flores nuevas para el jardín...—¡Ah, bien me acuerdo señorital Eran orquídeas. Sí; y me permitieron ir á ver con usted aquellas flores. Las había de todas formas ¡y tan raras! Una parecía una mariposa, otra una avispa, otra parecía una figurita; pero sobre todo, había una que superaba á las demás, que de diez flores del mismo pie, ni una se le asemejaba; era como un corazoncito de color de rosa, con un par de alas azules á cada lado... ¡de un rosa y un azul tan bonitos!... Nunca he visto otra igual!...—¿Y después?...—Y después, déjeme usted que diga la continuación, señorita... Después, al inclinarnos ambos para ver más de cerca la flor, no sé cómo sucedió que los cabellos de usted hubieron de rozarme un poco los míos, y con el brusco movimiento que hizo usted para retirarse, su mano, que tenía cogida la flor para verla mejor, la hizo desprenderse de su tallo... Aún me parece oír el grito de usted; aún la veo próxima á echarse á llorar por aquel accidente y á pedirme perdón...; cuando su madre la llamó á usted desde la ventana, yo...—¿Usted?—Yo ¡recogí del suelo la flor caída!—¿La recogió usted?—Y la guardé en memoria de aquel brevísimo momento de ventura, tan fugaz y tan dulce...—¿Conque la tiene usted guardada?—Como una reliquia, señorita; ¡y se la enseñaré cuando usted quiera!

Amigo mío, ¡si hubieras podido ver entonces á Susana! Ya no era la misma, Coraelio, no; era una nueva criatura, y cien veces más hermosa, si cabe... Refulgían sus ojos, su cara esplendía. Me tendió ambas manos con un movimiento tan lindo, que un ángel no lo hubiese hecho mejor. «¡Ah!—me dijo,—eso es lo que yo quería saber, amigo mío; ¡qué dichosa soy!... Si recogió usted la flor en memoria mía, es que me amaba usted ya; y si la ha guardado hasta ahora, es que todavía me ama. Traígame mañana nuestra florecilla de alas azules; ¡es el regalo más bonito que puede usted poner en mi equipo de boda!» ¡Ay amigo, así que he escuchado estas palabras de «el equipo y «la boda», á poco me desmayo de golpe... Me levanté, y de fijo hago una locura si no entra la madre. Me eché al cuello de la buena señora y besé una docena de veces á su hija en

las mejillas: eso me calmó. Cogí el sombrero y eché á correr, con la esperanza de llevar la florecilla á Susana esta misma noche... Pero ese monstruo de tempestad lo ha echado todo á perder, y tengo que aplazar hasta mañana mi ventura... ¡Ahí tienes toda la historia!

—¡Ah, exclamó Cornelio, echándose en sus brazos:—dos bodas á la vez!

Y aquí el buen muchacho, imitando á los pilluelos á la puerta de la iglesia, tiró su gorra al aire gritando:

—¡Viva la boda!... ¡Que vivan los novios!... ¡Viva la señora de Baltasar!... ¡Viva la señora de Corneliol!... ¡Vivan los pequeños Baltasares!... ¡Vivan los pequeños Cornelios!

—¿Quieres callarte?—dijo Baltasar, riéndose y tapándole la boca. Vas á despertar á Cristiana.

—¡Ah—dijo Cornelio bajando la voz,—no despertemos á Cristiana! Ahora enseñame tu flor de alas azules, para que la admire...

—Está—dijo Baltasar—en un cofrecillo de acero, en el fondo de mi mesa de despacho, con todas las alhajas de mi pobre madre. La engasté en un medallón de cristal, con marco de oro y perlas negras. Esta misma mañana la estuve mirando. Es una cosa hechicera... ¡Yá verás!

Al decir esto, cogió la lámpara, sacó del bolsillo un manojo de llaves y abrió la puerta de su gabinete.

No había hecho más que entrar cuando Cornelio le oyó dar un grito... y se levantó... Baltasar reapareció pálido en el quicio de la puerta.

—¡Corneliol!..

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?—exclamó asustado el sabio.

—¡Ven!... ¡Miral!... ¡Miral!..

Y Baltasar levantó la lámpara con objeto de alumbrar el interior del gabinete...

V. SARDOU

(Se continuará)

## *Cómo va nuestra propaganda en Holanda*

Queridos amigos y camaradas del otro lado de los Pirineos: A petición de nuestro estimado camarada Domela Nieuwenhuis, he prometido escribir para vosotros lo que yo podría llamar «mis impresiones en Holanda.» La experiencia me ha enseñado que es de gran utilidad el dar á conocer los medios de que disponen los luchadores de otras naciones para hacer penetrar sus ideas en la masa indígena que les rodea, y que constituye el pueblo.

Bajo este punto de vista, la propaganda y los propagandistas de nuestro ideal en Holanda, son interesantes y merecen ser conocidos en el extranjero.

Ya sabéis que todo público está compuesto de dos elementos completamente distintos por sus intereses y que se son hostiles: con el uno es preciso tener buena fe, habilidad, sabiduría y tacto en los procedimientos que es necesario emplear, y en éste es donde yo pongo los ojos, como elemento que hay que convencer para atraerlo á nuestras filas lentamente, pero de una manera segura. El otro es el elemento que es preciso vencer, y

que es, además de ignorante en cuestiones sociológicas, malo, falso é interesado en que la sociedad quede tal como está actualmente: dividida en dos clases, que ellos dirigen ó aspiran á dirigir.

No ignoráis que la historia transcurrida de un pueblo le crea y forma á su modo una mentalidad especial.

Y bajo este punto de vista, Holanda no es España, así como España no puede ser Francia.

Las diferentes conquistas y las invasiones de que han sido objeto, les crean fatalmente un estado, y ese estado se petrifica en la raza. Todos los países atraviesan por tres fases: Nacimiento, desarrollo y decadencia; cada una de estas etapas de progreso tiene en todos los países su elemento reaccionario, del mismo modo que tiene su elemento saturado de ideas nuevas que empujan al pueblo hacia una nueva vida. A nosotros nos toca saber cómo debemos manejarnos para poder penetrar lo más rápidamente posible, y con la menor pérdida de fuerzas, las ideas y sentimientos que nos animan en las costumbres reinantes de nuestros congéneres.

Cada país tiene medios propios, del mismo modo que cada hombre tiene su carácter propio y su temperamento individual, sin dejar al mismo tiempo de ser un estereotipo de tal raza; por cuya razón resulta que un holandés es siempre un holandés en todas partes, y lo mismo sucede con un español, un alemán, un inglés, un italiano y un francés en cualquier parte donde vaya.

Lo que sí puede hacer es asimilarse diversos temperamentos, diversos procedimientos, de modo que esta nueva combinación aumente la capacidad moral y física del hombre medio.

Para tratar de los usos y costumbres que rigen un pueblo, voy á comenzar por decirlos que actualmente estamos aquí en plena fiesta de San Nicolás, que si mal no recuerdo, desconocéis en España. Esta fiesta es aquí para los niños análoga á la que se celebra en Francia en Navidad. Es la época de las sorpresas y de los regalos, cuya costumbre la tienen sumamente arraigada nó pocas personas mayores.

Esta fiesta de San Nicolás «és la alegría de los niños y la tranquilidad de los papás» en Bélgica y en Holanda, naciones hermanas en las que el curso de los acontecimientos les ha hecho víctimas ó han sufrido el influjo de la famosa guerra de los ochenta años que Felipe II comenzó con el concurso del siniestro duque de Alba, hasta la guerra de la Independencia en 1830, que separó la Holanda de Bélgica.

El hombre se acostumbra á todo; todas las latitudes tienen una cualidad propia, pero para todo sér normalmente organizado, se necesitan hechos que se renueven periódicamente como la lluvia y el buen tiempo, que tienen cada uno su propio encanto.

Holanda no tiene nada que envidiar á España á parte de su cielo sereno y su ardiente sol; pero eso es lo suficiente para que las clases pobres de aquí sean más industriosas y se resentan por lo mismo más de su miseria, lo cual en vuestro país está atenuado por el calor del sol, que os da la despreocupación del mañana.

La guitarra y la mandolina, aun acompañadas de los cantos más lascivos, no llegarán jamás aquí á hacer olvidar, después de una frugal comida, la preocupación del mañana.

Pero también, ¡qué días de tentación y de rabioso coraje para los infelices desheredados cuyo pensamiento no ha zozobrado aún al pasar por delante de esos escaparates que rebosan de confortables ropas y de apetitosos manjares, que tientan la virtud del pobre diablo que los contempla al pasar!

Y entonces es cuando se debe exclamar con el poeta Víctor Hugo, hablando del banquete de la vida:

«No todos igualmente á su gusto viven,  
Ley que por injusta los de abajo tienen.  
¡Gozad!, á unos dice, y á otros: ¡Envidiad!»

Esta voz es imperiosa cuando se pasa por delante de mostradores llenos de los artículos que representan el *confort* y lo necesario, deseado, y envidiado por todos; delante de esos escaparates rellenos de vituallas que parecen mofarse del pobre.

Todo lo que constituye la negligencia propia de los naturales del Sur, en estas regiones debe de ser reemplazado por una abundante y caliente comida, y encima un vestido confortable que nos permita recibir con cara alegre este cierzo que, llegándonos del Norte, hiela y hasta cubre de cardenales al desgraciado que se encuentra mal vestido.

¡Oh, si esos escaparates hablasen realmente como los animales, como esos célebres animales de la fábula, cuántas y cuántas cosas no nos dirían en este momento! ¡Qué requisitoria espantosa no levantarían contra nuestra sociedad saturada de orden y de vicios!

El *Fausto* de Goëthe no parecería, al lado de esto, más que el grito de niño.

¡Por qué no hablan, pues, realmente!

¡Qué patéticos dramas no oiríamos entonces!

No habría lugar en este mundo para tanta acción de gracias por parte de los resignados.

Sí, porque este canto de las cosas y objetos seduce, sonríe y desespera.

Los desgraciados, los parias á quienes la suerte ha privado de lo indispensable, deben sentir sublevarse su corazón de rabia y rencor á la vista de esas maravillas que resplandecen dentro de las vitrinas iluminadas con esplendor.

Todos los objetos hablan. Las opulentas telas, los tocados y adornos deslumbrantes, dicen al indigente que fascinan: «Si en vez de nacer en un tugurio de miseria hubieses nacido en otra parte, relumbrarías con nuestras preciosidades, tendrías lo que otros poseen sin que para ello hayan hecho nada más que nacer en otra cuna. ¿Y por qué esas injusticias? ¿Por qué esta desigualdad?... ¡Rebélate, pues!...»

La joven débil, de estrecho y raquítico vestido, oye también el canto de esas cosas que ella admira:

«Muchacha, si tú quisieras, nuestros hermosos p'iegos vestirían tu talle, deformado hoy por el traje harapos que llevas. Tus piecitos, aprisionados en groseras fundas de cuero, estarían delicadamente cubiertos con caliente y suave calzado. Tu escuálida espalda se cubriría con un rico manto. Mirate al espejo, te verás enfermiza, pero bonita... Si tú quisieras serías robusta y hermosa...»

Y el escaparate odioso, tentador, habla, habla mientras la pobrecita escucha, jadeante y sacudida por frecuentes temblores de frío y de envidia.

¡Quién sabe si la otra voz que se levanta será en adelante lo bastante fuerte para imponer silencio á esta última tentación!

¡No escuches esas pérfidas palabras, niña! ¡No son más que mentiras! ¡Mentiras!

Esas hermosas *toilettes* las pagarás al precio de toda tu felicidad y de la tranquilidad de toda tu vida. ¡Piensa, querida, que si cedieras á tus locas tentaciones, los que hoy te aman se avergonzarían de ti. No te atreverías á mirar de frente á tu padre, ni te atreverías á recibir el beso maternal... ¡Resiste, muchacha, resiste! ¡Vestirás una falda de lana, pero tus elegantes dedos la transformarán y quedará tan encantadora sobre tu agraciado cuerpo, que las damas más encopetadas te mirarán con envidia! Mas entonces, los artículos de lujo vuelven á su cántico perverso, el vestido de indiana replica todavía.



Y la joven se aleja con el corazón oprimido y el espíritu trastornado.

¡Quién sabe lo que sucede actualmente en su alma!

Ya sé que estos objetos de tentación existen también en España, pero la temperatura atenúa su importancia. El sol es caliente y benigno para todos, no habiendo podido ser acaparado por nadie para someterlo á un impuesto, salva la agudeza de la tentación. Nadie ignora que la apropiación del suelo y subsuelo de un país constituye su riqueza. Su industria se convierte entonces en el compuesto de lo que la ingeniosidad de un cualquiera ha sabido darle fondo y relieve. Y en este sentido la Holanda, navegable en todas partes, tan maravillosamente provista de agua por la multiplicidad de sus laboriosos é ingeniosos canales, no puede parecerse á España, que en diferentes regiones se muere de sequía. Lo cual explica que la negligencia de los pueblos del Sur en lo que se refiere á la cuestión del mañana, no puede existir en el Norte, en estos anglosajones convertidos á las teorías de Lutero y de Calvino, pues el viento, el frío ó la lluvia intempestiva les hace volver á la realidad, es decir, á prevenirse contra los malos días en que el cuerpo se siente débil si el cofre-estómago no está provisto exterior é interiormente de todo lo que necesita, á falta de sol para mantener la vitalidad de la raza.

Nuestra propaganda se diferencia notablemente de otros países á consecuencia de las aptitudes que la raza ha contraído en estos países del Norte.

Primeramente, es preciso recordar que la influencia de dos religiones combatientes, ha hecho que las gentes sean menos entusiastas y más prácticas. Tenemos aquí términos medios que no conocéis ahí.

Desde el conservador hasta el revolucionario más avanzado hay una modificación de tonos en el pensamiento que no existe en vuestro país. El católico, en Holanda, por ejemplo, practica mucho más la religión que el católico de España, de Italia ó de Francia, si lo tomamos de la clase obrera. Sacerdotes como el abate Achaezman, tienen su periódico, pálido tono del abate de Daent, de Bélgica, lo cual no podría ocurrir en España.

Las corporaciones de oficios tienen su órgano propio, que nos recuerda á las viejas Gildes de antaño; los unos tienden á un buen acuerdo entre patronos y obreros, los otros son más combatientes y se aventuran hacia la lucha económica bajo un pálido aspecto de democracia social; los otros, cuyo punto de partida fué *Socialistenbond*, han roto con toda clase de táctica parlamentaria. El periódico que más bien ha hecho en Holanda, es indudablemente *Recht voor Alles, El derecho para todos*, en el cual los gastadores del socialismo esgrimieron sus primeras armas. Ahí es donde Domela Nieuwenhuis ha dado el más hermoso ejemplo de esfuerzo que un hombre puede dar. Hombres como Gerhard, Klas Ris y muchísimos otros han ensanchado el ambiente de las ideas socialistas, hasta tal punto, que toda clase de divisiones ó separaciones han venido después. Buen número de nuevos prosélitos se han agrupado para crear á su vez una nueva corriente, en la que la democracia social y su programa del tiempo de la Internacional, han perecido por completo.

Pero desde el día en que se manifestó esta tendencia oportunista, Domela Nieuwenhuis, hombre íntegro, no perdonó ocasión para atacarla, y esta fué la causa que le hiciera romper con la nueva corriente, conducido á la supuesta victoria por P. J. Troelstra, abogado de profesión, que en alguna época de su vida aprendía á hacer bombas.

Mas después renegó de todo como Turati, su compañero italiano, en la composición del *Himno dei lavoratori*.

La separación ha sido tan radical y se ha agriado tanto á la larga, que no hay cul-

pa que no se achaque á D.Nieuwenhuis, porque se separó de ellos, llevándose consigo la parte de acción del socialismo en Holanda.

Los socialistas-demócratas no pueden perdonar á Domela, el que en pleno Congreso en Bruselas, en 1889, dijera que la palabra «parlementaire» (parlamentario), está compuesta de dos palabras: «parler» (hablar), unida á la de «mentir», «mentir», que son sinónimas tanto en sentido real como en el figurado.

Después de la separación entre los parlamentarios dirigidos por P. J. Troelstra, compañero de Millerand en el arte de cambiar la casaca, los amigos de Domela Nieuwenhuis que se declararon libertarios, no existen intrigas bastante bajas para emplear contra nuestro amigo. Todo lo que esos hombres habían fundado de común acuerdo cuando iban juntos y con el mismo fin ha sido tratado con las más cobardes intrigas. Así, por ejemplo, desde el principio habían fundado cooperativas en todas partes, entre otras de «Arbeiden Macetchappy», una panadería muy bien instalada con el fin de sostener la propaganda, y que tenía edificio propio, «Constancia», en el que las reuniones y conferencias públicas no acarreaban gastos, encargándose la panadería de hacer todos los desembolsos á cambio de los beneficios que realizaría el negocio. Pero viendo nuestros adversarios que el asunto no marchaba á medida de sus deseos, se arreglaron tan bien, que por medio de intrigas financieras, Fortuijn, uno de tantos Jaurés de la época, acabó por hacer vender el edificio á la reacción, que hizo del local socialista una iglesia.

JOSEPH TOULHOUSE

(Se continuará.)

---

## El Arte dramático en España

---

EN EL TEATRO ESPAÑOL: LA NOCHE DEL SÁBADO, *novela escénica en cinco actos, por Jacinto Benavente.*

Después de presenciar el estreno de *La noche del sábado*, más ganas tengo de discutir el amor y la belleza en el teatro de Benavente que los modernismos escénicos del autor de *Sacrificios*; pero como hay que hablar de la obra estrenada anoche (1), guardaré para mejor ocasión analizar los elementos pasionales y sentimentales que intervienen en las obras de Benavente.

Se ha ponderado tanto el buen decir y la fina labor dramática de Benavente, que con este autor se puede ser más exigente que con otros autores por lo que al habla y á la técnica teatral se refiere.

Benavente tiene el defecto capitalísimo de escribir sus comedias sin unidad de pensamiento. Al coger la pluma no obedece á un plan dramático ni á una concepción artística, y sus obras resultan muchas veces, en *Alma triunfante*, y en *La noche del sábado*, particularmente, un amasijo de tanteos y vacilaciones que no responden á una fecundidad del artista.

(1) Esta crítica se escribió el 18 de Marzo.

Por esta razón, cada acto de las obras de Benavente puede ser parte de una comedia distinta, siendo fácil constituir, ya una sola obra de tantas jornadas como actos sumen todas las comedias de Benavente, ya varios dramas en tres, cuatro ó cinco actos, ó cuadros, como dicen ahora los que, queriendo modernizar algo y no sabiendo qué, se dedican á la inocente y fácil modernización del lenguaje.

¿Qué demuestra esta manera de escribir comedias? En primer lugar, falta de concepción dramática y artística; en segundo término, pobreza psicológica, especie que pueden comprobar mis lectores observando la poca variedad que ofrecen las almas creadas por Benavente, mordaces, afeminadas, frías, escépticas, indolentes y mezquinas casi todas.

Por otra parte, yo dudo que Benavente haya escrito en su vida comedias de un tirón ó que haya planeado los actos de que ha de componerse la obra entera antes de que dé por terminado el primer cuadro. El cerebro del autor de *La comida de las fieras* no puede retener la idea de una obra dramática completa, y le es necesario concebirla por actos. De ahí el que algunas veces nos enteremos, con extrañeza, de que Benavente ha entregado, á tal ó cual empresa, el primer acto de una comedia que el autor no sabe cómo ha de llamarse ni qué fin ha de tener. Aquí esta manera de escribir comedias, que quizá se llame modernismo, cuando debería llamarse impotencia, puede encubrir cierta debilidad de espíritu.

Sin duda alguna que Benavente ha escrito *La noche del sábado* de esta suerte; la concibió por actos, la escribió precipitadamente por actos y la entregó por actos también. Así resultaron cinco cuadros sin relación ni ilación de ninguna especie, á los cuales el autor tuvo que llamar novela escénica, echando otra vez mano del modernismo en el lenguaje para disimular, en lo posible, la falta de condiciones dramáticas y teatrales de su última comedia.

Y digo que *La noche del sábado* ha sido escrita de prisa, porque literariamente juzgada es la peor obra que ha escrito su autor. Se repiten en demasía muchas palabras. En un párrafo, corto como todos los de Benavente, y en esto le alabo el gusto, se pronuncia tres veces el verbo querer. Un personaje, la condesa, habla en el cuarto acto de *cansar* sus nervios y en el quinto los quiere *descargar*. El autor cree que los nervios se fatigan andando. La misma condesa dice en el primer acto, hablando con Leandro, el pintor, «obra genio», herejía modernista que Leandro remacha diciendo: «obra gigante». Las obras no son genios ni gigantes; pueden ser, en todo caso, gigantescas ó geniales.

Los modernistas fundan su modernismo literario en el hecho de no haber en los idiomas palabras que expresen las nuevas formas del pensamiento. Aparte de que el modernismo no aporta nuevos pensamientos en ningún ramo del saber humano, en el ejemplo antes expuesto se demuestra que el idioma castellano cuenta con palabras lo suficiente claras y bellas para expresar fielmente el pensamiento que Benavente quiso exponer sin necesidad de pervertir el habla en nombre de un modernismo que es por cierto bien inofensivo é innecesario, si no tiene más objeto que el de modificar el lenguaje.

Por las razones expuestas y seguramente por otras de orden psicológico, *La noche del sábado* tiene todo género de arte dramático. El primer acto es comedia, el segundo sainete, el tercero melodrama y drama los dos últimos. Parece como si el autor hubiese querido hacer un cuerpo orgánico de miembros humanos pertenecientes á diferentes razas. No hallo forma mejor para expresar el concepto que me inspira la mecánica teatral ó

artística-teatral de *La noche del sábado*, mecánica que, por otra parte, no tiene unidad artística ni psicológica, y cuya acción podría calificarse de *inactiva*.

Hacer una obra escénica de cuatro géneros dramáticos distintos, podría ser gran mérito si la obra tuviera unidad, si los personajes fuesen reales, si estuvieran bellamente presentados y obedecieran, no como ahora á cuatro estados nerviosos ó mentales del autor, sino á cuatro estados lógicos, psicológicamente hablando, de la vida. Pero tal cosa no ocurre, y sobre no ocurrir tal cosa, la gente de *La noche del sábado* es muy fea é insólida por dentro. Aquella semblaza que nos hace Imperia del príncipe Miguel, es asqueroso. Ir al depósito de cadáveres, tirar dinero sobre los muertos y echar monedas en las heridas de los que murieron en riña ó destrozados por un tranvía, para que los pobres se arrojaran sobre los que fueron y manchasen sus manos con la sangre que brotaba de las heridas, además de constituir una herejía científica, porque de cuerpo frío no brota sangre, constituye una monstruosidad que ni en nombre del arte trágico ó melodramático puede adquirir categoría de belleza.

Es fea, del principio al fin, *La noche del sábado*.

\* \*

¡Cosa rara en un partidario del arte por el arte! La última comedia de Benavente tiene finalidad moral, pero de una moral casuística como la de *Alma triunfante*.

Los principales personajes ó los que representan el símbolo que indudablemente debe vivir en la obra, pero que yo no supe ver, propagan, como los jesuitas, el renunciamiento de la vida por el ideal. Benavente no explica clara ni confusamente en qué consiste su ideal ó el que pone en boca de Imperia, á pesar de que ésta dice, no pocas veces, que, hemos de abandonar la realidad por el ideal. Efectivamente, Imperia, abandona, al final de la obra, al hombre que le inspiró su amor primero y el fruto de sus amores, joven de quince años que deja de existir en aquel instante, para irse con un hombre á quien no quiere, pero emperador de Suavia. Parece, pues, que el ideal de Benavente es la riqueza y que por la riqueza debe abandonarse á los hijos y á los amantes.

Si en lugar del término dinero ponemos el de Dios, tendremos glorificado por el arte, aunque sea por un arte pobrísimo, la moral del renunciamiento de la vida, del amor y de la belleza, que es lo que predicán y no practican los jesuitas y lo que pusieron en práctica los místicos; y si el ideal del hombre debe ser la riqueza, verdadero ideal de las almas inferiores, no es menester hacer observar el pobre concepto que de la misión del arte tiene formado Benavente.

Si en *La noche del sábado* hay símbolo, el símbolo es la renuncia del amor por la riqueza, ó por otra cosa peor que Benavente no explica sin duda alguna por cobardía.

\* \*

Campean en todas las obras de Benavente escasez de amor sexual, y en algunas el autor procura, con habilidosa metafísica artística y sentimental, hacer del amor que deben sentir hombres y mujeres, un amor ideal sin sexo ni objeto definido. Esto ocurre en *La noche del sábado*, cuyo autor hace que dos enamorados, á la manera extraña con que enamora las almas Benavente, se separen para ir en pos de un ideal que nadie vislumbra, ó que el que lo vislumbra no ve más que la muerte de las pasiones que deben sentir los hombres machos y las mujeres hembras. Leandro, enamorado platónicamente ó artísticamente, como se enamoran los personajes creados por Benavente, de Imperia, induce á su adorada á que huya con el príncipe de Suavia recién nombrado emperador por la muerte del heredero Miguel. ¿Hase visto nunca en la vida tal fenómeno? ¿Es natural que se produz-

ca? De ningún modo; el hombre que quiere á una mujer la ama para sí y no para otro, ó á lo menos la quiere primero para sí que para otro, y el que no la quiere para sí no es hombre.

Benavente lleva á extremos más reprobables su esteticismo, y me parece llegada la hora de que la crítica teatral se preocupe de esta corriente para detenerla en bien del arte y, si no de la moral, de los atributos naturales.

En *La noche del sábado*, el autor pasa por delante de los espectadores la sombra del repugnante esteta Oscar Wilde. Como este desgraciado se expresa el poeta que Benavente nos exhibe en su obra; como Oscar Wilde es crapuloso, por crapuloso se ve desterrado de su país, por amante de los placeres refinados y antinaturales le odian sus semejantes, de cuya repulsión y de cuyo odio hace un arte, el de hacerse odiar, el poeta de *La noche del sábado*.

Según acabo de leer, la crítica pasa como sobre ascuas por encima del Oscar Wilde de Benavente y, por la tendencia que este autor representa: ha hecho mal la crítica.

Al hombre que por amor macho rompe toda ley moral y social, se le puede dispensar su exuberancia de vida, y el amor ni la belleza nada pierde en elio; pero no puede tolerarse, sin grave daño del arte y del público, que el arte teatral sirva para exhibir confusamente aberraciones sexuales que mañana pueden presentarse con mayor claridad para mal del género humano. Repito que la crítica debía haber dado la voz de alerta ó de alarma para parar á tiempo las debilidades que se dibujan en la mayor parte de las obras de Benavente, y que en *La noche del sábado* llegan á un extremo vergonzoso.

La voz de la naturaleza y de mi sexo me hace hablar en estos términos.

\* \* \*

Hay falta de amor, de belleza y de sentimientos elevados en el teatro de Benavente. Jamás este autor ha puesto en sus obras el sentimiento superior de los grandes poetas.

Es el arte así como un lujo de la naturaleza humana. El artista ofrece al mundo, por medio de sus obras, el amor y la belleza que le sobra. Benavente hace lo contrario: se empeña en empequeñecer á la humanidad, como si de la humanidad hubiese de recibir el amor y la grandeza que á él le falta, ó como si se avergonzara de que en el mundo hubiera hombres con grandes caracteres.

Benavente piensa sus personajes, no los siente; las comedias de Benavente no son el resultado de una fecundidad del corazón generoso, sino la obra fría, de cálculo, en cuya gestación no interviene la exuberancia de amor y de generosidad de que hablo antes. De ahí el que las obras de Benavente no hallen eco en la naturaleza humana que quizá el autor tenga por bestial y grosera para no confesar que carece de sus dones.

Lo dicho podrá parecer rudo, pero es sincero y sano y esto me basta.

\* \* \*

Cuanto dijera en elogio de la dirección artística, del trabajo de los actores y del lujo con que fué presentada *La noche del sábado*, sería hacer una débil indicación de aquella manifestación del gusto artístico y de la voluntad de los comediantes del Teatro Español puestas al servicio de la obra de Benavente. No se puede pedir más. En el extranjero no se dirigen ni se presentan mejor las comedias. María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza y Federico Balart merecen bien del arte dramático español.

ANGEL CUNILLERA.

## DOS ALMAS QUE SE REPELEN

Creemos que vale la pena de advertir á los lectores de LA REVISTA BLANCA que estudien el espíritu de los dos articulos que se publican á continuación:

### EL HERMANO MISERICORDIA

Metíme á santo, y es mal oficio; me amenaza una decrepitud funestísima. El «inmoralismo» de Nietzsche rige—bajo capa—todo el orbe católico. En mi humilde opinión, Cristo vale millones de veces un super-hombre de los que imagina y venera el filósofo alemán; pero no empezó aún sobre la tierra el reinado glorioso de Cristo, y sus predicaciones aprovechan sólo para cubrir á los hipócritas.

Afortunadamente—acaso porque perdí la memoria y de todo me olvidé al instante, ó porque ya encaminado en la vida verdadera todo lo desprecio,—al cerrar mi jaula, un mundo amplio y alegre se abre á mi espíritu. En la soledad me recreo, y no por sentirme arisco; no lo soy. Como antepongo á la sombra de Zaratustra la imagen de Jesús, antepongo al aislamiento la solidaridad. Pero ¿quién se hace solidario de mis dolores y de mis alegrías? Yo veo gentes que ríen cuando sufro y gimen al verme reír. Estoy solo, porque á tales alturas no se remontan los hombres de garra; necesitan contraerse mucho para dar el zarpazo; la sangre les ciega. Mi espíritu se difunde; mi claridad ilumina las almas.

«Tu espíritu—me dice una voz tenebrosa—tu espíritu sí. Una idea penetrará en todos los cerebros, pero una hogaza sólo satisface á un estómago hambriento. Cuando hagas el milagro de mantener con una hogaza sola esa muchedumbre que soliviantas con una sola idea, me habrás convencido. Calza los pies de la multitud con un par de zapatos, como calzas con un par de utopías los irrealizables anhelos.»

Naturalmente: ¿puedo negarte yo la importancia de tu razonamiento? Una sola idea vibra en millares de cerebros, pero cada cerebro puede abarcar millares de ideas; un sentimiento palpita en todos los corazones, pero un corazón abarca todo el mundo sentimental. Tu raciocinio acusa la buena disposición del ser humano, en cuyo cerebro, en cuyo corazón caben todas las grandezas y cuyo estómago se atiborra con una hogaza.

Cuenta y recuenta en el continuo sucederse de las horas; cada uno recoge su hogaza con mayor ó menor sufrimiento, y en cambio no llegan á muchos las vibraciones intelectuales y piadosas que se ofrecen á todos; hay desventurados que no las aprovechan, porque después de llenar con una hogaza su estómago han obstruído su cerebro con otra hogaza; y como tenían dos pares de zapatos, además de calzarse los pies, metieron su corazón y su alma en un zapato.

Así dificultan la vida los codiciosos.

LUIS RUIZ CONTRERAS

### MISERICORDIA, HERMANO

«No sólo de pan vive el hombre», pero sin pan no hay hombre. Iluminemos nuestro cerebro con grandes consuelos morales; pero no nos olvidemos de meter algo en el estómago, porque entonces la inteligencia no retendrá ni reproducirá la luz. Una idea alimenta muchos cerebros cuando el cerebro recibe del estómago energía suficiente para

concebir ideas. El pan es, pues, la causa de los ideales y hasta lo sería de las utopías si cupiesen, que no caben, utopías en un cerebro sano; la utopía es otra ficción de las inteligencias débiles, de los caracteres cobardes, de los ánimos vencidos. La utopía es el argumento supremo de los egoístas que viven bien actualmente y temen perder la hogaza.

Jesús tuvo que llevar más pan y más peces á la montaña si quiso retener á los que á la montaña habían acudido á oír su palabra. Jesús pensó también en el cuerpo antes de que pensara en el espíritu. *Es natural. El pueblo no hubiera podido subir la cuesta ni escuchar de pie el Sermón de la Montaña si las piernas hubiesen flaqueado por falta de hogazas.*

Si el cristianismo es obra de Jesús, que lo dudo, el Nazareno no pudo ser tan manso y pobre de espíritu como nos lo pintan, porque para derrotar una religión, como para vencer un imperio, es preciso hacer lo que hizo Constantino: echar mano de la espada, sostenerla con fuerza y hundirla con coraje: para ello se necesita pan también, porque la espada pesa más de lo que el brazo puede sostener cuando se tiene débil el brazo.

Poned á Jesús y á Nietzsche frente el uno del otro y haced que se hablen. Se entenderán fácilmente, porque son dos vencidos. La despiedad del uno y la mansedumbre del otro responden á igual debilidad del cuerpo. Para querer á los hombres es preciso ser más fuerte que para despreciarlos: Nietzsche no tiene piedad de ellos. Para amar la vida es necesario ser más fuerte que para menospreciarla. Jesús deja que lo crucifiquen sin reventar de una patada los testículos del verdugo.

RICARDO ANDES

---

## CURIOSIDADES

---

*Polvos cósmicos.*—En Swansea y otras diversas localidades del país de Gales ha caído una lluvia roja. El color era tan vivo que la campiña parecía estar bañada de una luz sangrienta.

Se ha recogido este agua, y analizada, contenía un polvo fino absolutamente idéntico al lanzado por la Montaña Pelada.

En Suiza la lluvia fué gris. En lo largo del Jura, en las montañas, los abetos, la hierba y los vestidos de los paseantes eran igualmente grises.

Todo el mundo se pregunta de dónde pueden venir esos polvos.

\* \* \*

*Pájaros tallistas.*—Existe en las Indias una especie de pájaro que se le ha dado el nombre de pájaro-tallista por la manera verdaderamente maravillosa con que confecciona su nido.

Escoge la extremidad de una rama que esté provista de una hoja larga, y con su pico, que tiene la forma de una lezna de zapatero, hace en la hoja pequeños agujeros. Toma después plantas de largas fibras que formen un hilo sólido, y con ese hilo dobla los bordes de la hoja en forma de saco después de hacer un nudo en la extremidad de cada filamento para consolidar su obra, siempre sirviéndose de su pico. La parte de la hoja que toca al tronco es en seguida plegada y prensada, con lo que se hace un techo en forma de cofia para proteger la abertura de su nido contra el sol y contra la lluvia.

Cuando la hoja que ha escogido no es bastante grande, coge otra y la añade á la primera.

Y esto sin poseer el alma humana que dicen los católicos, es la inteligencia.

\*  
\*  
\*

*Los jesuitas.*—En todos los países han expulsado á los hijos de Loyola; á pesar de esto se les encuentra en todas partes: tres siglos que se lucha para deshacerse de ellos sin lograrlo. Empero el día que venga la nuestra, podemos afirmar que no resollarán más.

A título de *curiosidad* publicamos una estadística de sus expulsiones.

En 1551 fueron expulsados del cantón de Grisons, veintisiete años después de su fundación.

En 1570, de Inglaterra, por tentativa de muerte contra la reina Isabel. En 1578, de Portugal. En 1578, de Anvers. En 1594 de Francia, por tentativa de asesinato del rey Enrique IV, por Chatel, discípulo de los jesuitas. En 1595, de los Países Bajos. En 1606, de la república de Venecia. En 1607, de Suecia. En 1610, del Valais. En 1618, de Bohemia. En 1619, de Moravia y Silesia. En 1620, de Hungría. En 1621, de Polonia. En 1622, de Nápoles. En 1645, de Malta. En 1706, de Hungría. En 1715, de las Dos Sicilias. En 1725, de Rusia. En 1759, de Portugal. En 1762, de Francia. En 1767, de España. En 1768, de Parma. En 1815, de San Petersburgo. En 1847, de Suiza. En 1872, de Alemania. En 1880, de Francia.

\*  
\*  
\*

*El lago más salado del globo.*—Existen sobre la superficie del globo muchos lagos salados, pero un explorador acaba de descubrir en Abdorsk, en la región Siberiana, un lago que parece contener el summum de sales acuáticas. Su extensión es de 17 leguas y su anchura de 9.

La cristalización salina es tal, que una maciza costra va formándose y á medida de la evaporación de las aguas que han encontrado un desembocadero en un canal subterráneo, mientras que otra parte se corre hacia el río Obí,—el nivel de la masa líquida ha bajado tres pies. La costra de sal ha hecho una bóveda que se extiende por todo el lago.

\*  
\*  
\*

*Mastodonte colosal.*—El esqueleto del más grande elefante que se ha visto, ha sido conducido á Hamburgo. Ese mastodonte extraordinario vivía apaciblemente en los bosques del Cameroun; la medida de la planta del pié á la espalda es de diez y seis pies, nueve pulgadas, ó sea cinco metros y cinco centímetros.

Los zoólogos que lo han examinado aseguran que el paquidermo en cuestión, tanto por sus dimensiones como por su estructura anatómica, se parece á los grandes mamouts antediluvianos, de los que en varios Museos se poseen sólo algunas osamentas fósiles.

El más grande conocido hasta ahora pertenecía á un médico americano, Donaldson Smitt, que lo mató en una excursión que hizo al lago Rudolph en el centro de Africa. Aquel mastodonte, rarísimo ejemplar de edades prehistóricas, medía 4 metros 20 centímetros; de manera que éste tiene 85 centímetros más.

LA DAMA GRIS